

CHILE

1810 - 1960---

EVOLUCION
DE LAS LETRAS
CHILENAS

(c) Raúl Silva Castro, 1960
Inscripción Nº 23093

Editorial Andrés Bello, Ahu-
mada 131, 4º piso, Santiago de
Chile, "Facúltase a la Editó-
rial Jurídica de Chile para
usar indistintamente su propia
denominación o la de Editó-
rial Andrés Bello" (art. 76 de
la Ley Nº 12.084).

Compuesto con matrices Bas-
kerville 10/12; impreso en los
talleres de la Editorial Del
Pacífico, S. A.

Proyectó la edición
Mauricio Amster.

10821291
RAUL SILVA CASTRO

Evolución de las Letras Chilenas

1810 - 1960



19



60

EDITORIAL ANDRES BELLO

INDICE

INTRODUCCIÓN

pág. 9

POESÍA

pág. 17

TEATRO

pág. 37

ARTÍCULOS DE COSTUMBRES

pág. 49

NOVELA

pág. 55

CUENTO

pág. 73

INTRODUCCION

Si el panorama literario que constituye el objeto de las siguientes líneas, hubiera de contarse desde el 18 de setiembre de 1810, bien poco habría que decir en el comienzo. En aquella fecha, trascendental para el destino histórico de la nacionalidad y para la formación de su política, el estado de los estudios y la realidad de la producción literaria distaban mucho de llamar la atención. Pero en el pasado no había sido lo mismo. Chile contaba, en pleno siglo XVIII, con un teólogo cuya obra dio la vuelta al mundo, y, traducida y comentada, se editó con profusión en diversos países, todo ello hasta el punto de que la Santa Sede, a quien se denunció la posible herejía de algunos de sus términos, la hizo examinar y prohibió su lectura a los católicos. Hemos mencionado a Manuel Lacunza (1731-1801), nacido en Santiago y que, acogido al seno de la Compañía de Jesús, hubo de sufrir extrañamiento en Italia desde 1767 hasta su muerte. Lacunza era todo un estilista, y en su libro refulgen no pocos sitios inspirados, donde la lengua, plástica y macerada en las vigilijs del estudioso, se hace artística y provoca el aplauso.

Pero el cultivo de las letras no se confinó a ese siglo. En el albor de la vida histórica de Chile, algunos episodios de su conquista dieron tema a don Alonso de Ercilla y Zúñiga (1533-94) para escribir *La Araucana*, el más importante de los poemas épicos de la lengua española. Desde el punto de vista nacional, es también *La Araucana* la pri-

mera revelación artística llevada al comercio intelectual del mundo, de la vida del pueblo aborigen de Chile, a quien el poeta aplicó el nombre de *araucano*, poco científico según dicen los etnólogos, pero tan expresivo y eufónico, que ha persistido hasta hoy y ya no será posible desarraigarlo. Y siguiendo inmediatamente las huellas a éste, pronto vióse figurar a su lado a Pedro de Oña (1570 - 1643), que no nació en España sino en Chile, que se educó en Lima y que es, en fin, en todo y por todo el primer criollo aupado en esta porción del continente a las supremas responsabilidades del arte de escribir. Es el autor del *Arauco domado*, del *Ignacio de Cantabria*, del *Vasauro* y de otras composiciones más, y al través de ellas queda en claro su alma caballeresca y soñadora, el refinamiento de su lengua y de sus ideales literarios: menos llano que Ercilla, aspira a la taracea verbal, se deleita en los juegos de palabras y trata de hacer flexible la estrofa en que redacta sus dilatados poemas. Con ambos autores, Ercilla y Oña, el nombre de Chile se instala ya en los anales literarios de España y de su lengua, en pleno siglo xvi.

Siguen después, en vasta nómina, historias y memoriales, crónicas y avisos políticos, destinados a llamar la atención de la corona hacia los problemas de Chile: la guerra dilatada, la astucia y la pertinacia irreductibles de los araucanos, las grandes distancias que deben cubrir precarias guarniciones, la selva impenetrable del sur, las inundaciones, los temporales, los terremotos que cambian la topografía usual. Todo esto hay que contárselo al rey, y se le cuenta con ingenuidad y abandono, o con cálculo. El nombre de Chile sigue resonando en las cámaras reales, porque se le encuentra impreso en hojas, folletos y aún gruesos volúmenes, compuestos para llevarle noticias del reino le-

jano. Y mientras el rey se lamenta y dice que Chile le cuesta *la flor de sus guzmanes*, la verdad es que esos impresos no se han producido acá sino en Lima o en España. Chile no tiene imprenta, ni va a tenerla, oficialmente, hasta 1812, de modo que todos los memoriales y los cronicones en que se le menciona y se proponen remedios para curarle, han sido necesariamente estampados en otra parte.

Ahora bien, ¿qué sobresale en aquellas nóminas de escritores ocasionales, movidos por intereses utilitarios en la mayoría de los casos? Entre los historiadores, hay quienes ven con frescura las cosas y las cuentan en términos simples, de agradable lectura; pero otros, embebidos en lecturas de clásicos y convencidos de que se les debe repetir e imitar, se tornan pedantescos en la exposición de la misma materia.

Ya en el siglo xvii cambian las cosas porque con Alonso de Ovalle (1601-51) aparece uno de los primeros estilistas de la lengua, aceptado como autoridad por la Real Academia Española. Su libro, *Histórica relación del reino de Chile*, escrito en gran parte en Italia y allí publicado la primera vez, tuvo como fin dar a conocer la realidad chilena a los públicos cultos de Europa que al decir el jesuita que era chileno, no vacilaban en responderle que lo ignoraban todo de esa tierra, salvo que las armas de Su Majestad el rey de España habían sufrido allí incontables reveses y las más duras probaciones. Ovalle quiso, pues, informar, y cediendo a los usos de la época, comenzó su *Relación* dando a conocer los hechos históricos en que estuvo mezclado hasta entonces el nombre de Chile. No es ésta, empero, la mejor porción de su obra. El gusto moderno, que tiene ya adoptado a Ovalle como uno de los clásicos del idioma, prefiere los cuadros descriptivos, don-

de aparecen la naturaleza, la tierra con sus frutos, el mar con sus peces, el hombre en la ciudad y en el campo; y como el escritor ha disfrutado, por todos los sentidos, el espectáculo de su patria, en las páginas de su libro queda, por primera vez, el olor de las flores campestres, la tersura de las aguas corrientes, la impresión de vacío y de pasmo que producen las altas serranías cordilleranas cuando las cruza el viajero impávido, de ojo avizor.

El único poeta subjetivo del período colonial, Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán (1607 - 80), ha quedado inadvertido del público desde luego, y también de la crítica literaria, debido a que sus versos fueron incluidos en su relato *Cautiverio feliz* donde aparecen entremezclados con la prosa del cuento. Núñez de Pineda cayó prisionero de los araucanos, y cuenta los hábitos y usos de sus amos, de modo que en su obra hay muchos motivos de interés para la consulta del antropólogo; pero, además, afecto a verter composiciones de otros, a menudo traduce textos latinos y los parafrasea en la versión. Tiene romances excelentes, sonetos y otras composiciones, con todas las cuales basta para inscribir su nombre en la nómina de las letras coloniales. En los años finales del período y en los primeros de la vida republicana, Chile contó además con unos pocos poetas a quienes cabe mencionar siquiera en globo. Francisco de Paula López, fraile dominico, dejó nombre de improvisador de versos ligeros, cosa que se puede decir también de Lorenzo Mujica, militar, y de Manuel Oteiza (1742 - 98), fraile agustino, famoso como orador sagrado y como improvisador. Más ambicioso en todo, por su cultura y la multiplicidad de su talento, Juan Egaña (1768 - 1836) cuenta como prosista por *El chileno consolado en los presidios* (1826,) si bien consta que escribió con frecuencia en

verso. Ese libro relata la vida del autor en el presidio de Juan Fernández durante la Reconquista, lo que es también el tema de un poema joco-serio, *La Fernandina*. Egaña fue autor, asimismo, de composiciones más ligeras, como glosas, sobre diversos temas de actualidad. El fundador de la prensa chilena, fray Camilo Henríquez (1769-1825), dejó fama de poeta satírico en varias pequeñas composiciones publicadas en *El Semanario Republicano* y en *El Monitor Araucano*, periódicos ambos a cuya redacción tuvo acceso, después de haberse estrenado como primer editor y primer redactor de la *Aurora de Chile* (1812). Camilo Henríquez, por lo demás, fue excelente prosista en la redacción de esos periódicos, y estando en Buenos Aires, en el período de la Reconquista, afrontó la composición dramática con dos piezas que jamás han sido estrenadas. No mayor es el caudal poético de Bernardo de Vera y Pintado (1780-1827), periodista asimismo y autor, en 1819, del primer himno patrio o canción nacional de Chile, que hubo de escribir por encargo oficial.

Si la evolución intelectual de una nación pudiera concretarse en una fecha, no cabe duda de que la más importante de todas sería aquélla en que la mirada de don Andrés Bello (1781-1865) abarcó por primera vez la tierra chilena en el puerto de Valparaíso. Ocurrió aquel suceso en 1829, y desde entonces el sabio caraqueño no salió jamás del país, ni a su tierra natal ni a la vieja Europa, donde, por lo demás, había permanecido de 1810 a 1829. Es verdad que más de una vez salió a flote en sus versos la queja por la patria ausente, y que el poeta pudo exclamar que sólo una patria tiene el hombre; pero también lo es que

a Chile dio, en treinta y seis años de existencia útil, provechosa, fértil, intensamente henchida de obras, incesantes pruebas de adhesión. Fundó la Universidad de Chile, redactó el Código Civil, que implicaba subrayar en el terreno de las leyes la independencia política conquistada en años anteriores, y formó parte del Senado, donde graves asuntos exigieron su pronunciamiento y su voto.

Esta labor, sin embargo, fue más señalada todavía en la especialidad que nos ocupa, esto es, en el cultivo de las letras, porque Bello desempeñó toda su vida una función útil, aunque nada popular, la de erudito. Escribió versos, y mientras escribía versos, disertaba en presencia de unos cuantos jóvenes, hijos de sus amigos y favorecedores, a quienes iba adiestrando en la tarea de dirigir a la nación. Sus clases de derecho internacional, gramática, filosofía, lógica, daban base a sendos volúmenes con que se enriquecieron, a la par, la nómina personal de las obras de Bello y el repertorio bibliográfico de Chile. Y como entre sus discípulos descubriera inclinación a las letras, antes que sofocarla o comprimirla quiso estimularla con lecciones adecuadas. Los primeros beneficiados con esta generosa tarea pedagógica fueron sus propios hijos Carlos (1815-54), dramaturgo y poeta, Francisco (1817-45), poeta, Juan (1825-60) y Emilio (1845-75), todos, como se ve, desaparecidos en la flor de la edad. Pero hubo también otros discípulos de fuera, como Sanfuentes, Tocornal, Lastarria, que llevaron mucho más lejos todavía la generosa pulsación de esa academia cobijada en el alero de la casa de Bello.

El impulso hacia arriba que había dado al espíritu nacional el triunfo de Yungay, al desbaratar la Confedera-

ción Perú-Boliviana (1839), embriagó a no pocos chilenos. Uno de ellos, Alberto Blest Gana, contaba como uno de los recuerdos más precisos de su vida juvenil, en las páginas de *El loco Estero*, la intensa emulación hacia la gloria que se había despertado en los mozos de su generación cuando, al recibir al héroe de Yungay, todos los habitantes de Santiago se sintieron unidos en una sola efusión del ánimo, jurándose servir a la patria. Otro, de más años por ese tiempo, se sintió vocado a dirigir los espíritus de sus conciudadanos, y aprovechó la oportunidad que se le daba al llamarle a encabezar una modestísima academia de jóvenes estudiantes del Instituto Nacional, esbozando en su discurso de orden toda una teoría de la literatura cuando ella se aplica a las necesidades nacionales y no se reduce a seguir planeando estérilmente en el vacío. Tal parece ser la inspiración remota del discurso literario que pronunció Lastarria ante los alumnos del Instituto Nacional, el 3 de mayo de 1842. Entonces comenzaron a cosecharse los frutos de la enseñanza de Bello. Fue, pues, el año de 1842 el que vio el nacimiento de la Sociedad Literaria, bajo la dirección superior de Lastarria, mencionado ya precisamente como discípulo de Bello. También fue fruto de entonces *El Semanario de Santiago*, que duró poco pero que, en rescate, dejó estampados los nombres de los componentes de ese grupo de escritores en sus páginas. Poco después aparecieron *El Crepúsculo* (1843) y otros periódicos, por los cuales fue diseminándose la presencia de los jóvenes formados en casa de Bello. El impulso estaba ya dado, y la literatura chilena, consciente de sus fueros, positivamente desgajada de la literatura espa-

ñola en la cual antes aparecía inscrita por el idioma, pasaba a ser una entidad independiente, bien nutrida y capaz de suscitar interés dentro del país, y, acaso, con el tiempo, más allá de las fronteras nacionales.

Aun cuando los críticos literarios chilenos han sido, por lo común, severísimos con las producciones rimadas de sus compatriotas, algunos nombres habrán de sobrevivir en el arqueo de la obra lírica y aun épica de los siglos xix y xx. En los días mismos de la lucha por la emancipación alcanzaron a lucir los nombres de Camilo Henríquez y de Bernardo de Vera y Pintado. Poco más adelante, entraba triunfalmente al medio literario chileno el ilustre caraqueño Andrés Bello (1781-1865), a quien hay que citar a cada paso en un panorama de las adquisiciones espirituales de Chile en el siglo xix. En cuanto poeta, Bello había intentado, antes de venir a Chile, la redacción de poemas descriptivos llamados a hacer el virgiliano elogio de las bellezas nativas del continente americano; pero ya en el país austral, de que hizo su segunda patria, cambió totalmente de orientación. El calco de los poemas descriptivos de entonación virgiliana cedió paso a la redacción de composiciones más íntimas, acentuadamente subjetivas, en las cuales el poeta pintó, con excelente colorido, algunos de los tormentos de su propia alma. Y de vez en cuando tradujo a metro castellano algunos fragmentos de poetas europeos en quienes reconocía valor excelso. Sus versiones de Víctor Hugo son clásicas en las letras españolas, y su estudio no ha sido agotado. Una de ellas, *La oración por todos*, pasa por ser la mejor que lleva la firma de Bello, y, en lo que toca al repertorio huguesco, la mejor lograda

entre todas las innumerables traducciones de Hugo que registra la literatura comparada. Una hija acababa de morir, joven adolescente, en el hogar de Bello, y de allí la entonación penetrante de congoja que se divisa en la versión de *Las fantasmas*, otro poema de Hugo que igualmente instó a Bello. También se le debe el consejo de traducir, que dio a sus jóvenes discípulos chilenos, en la academia de su propia casa, abierta para disertar sobre las letras antiguas y modernas. El caraqueño creía que traduciendo se aprende el mecanismo íntimo de la lengua, y que el vocabulario del escritor traducido enseña matices de estilo al traductor.

Una dama, Mercedes Marín de Solar (1804 - 66), figura entre los primeros frutos de la enseñanza literaria de Bello en Chile y su nombre aparece vinculado especialmente al canto fúnebre a la muerte de don Diego Portales, que se publicó en *El Araucano*, aliñado en algunas de sus expresiones por el propio Bello, según tradición constante de la crítica literaria nacional. Además de ello, la señora Marín, que abre la vasta serie de las mujeres escritoras de Chile, escribió sonetos de dulce entonación para celebrar los fastos del hogar y del amor conyugal. Pero la excelencia de la enseñanza de Bello pudo verse pronto en otro escritor de mayor vuelo, Salvador Sanfuentes (1817 - 60), que en su breve vida se hizo notar como funcionario y como hombre público. Sanfuentes, desde luego, tomó al pie de la letra el consejo de su maestro, y tradujo largamente a Racine y a otros autores; pero en seguida, dejándose llevar de su talento propio, emprendió la redacción de un vasto poema, *El campanario* (1842), que caracteriza el movimiento literario del año de su composición, cuando entraron a producir casi todos los discípulos de Bello. *El*

campanario es de lectura encantadora, pues trae a la memoria escenas de la vida pasada en el ambiente colonial, en que "cierto marqués" tiene tertulia en su casa y conserva graves costumbres heredadas de "su castellano abuelo". Durante muchos años, se le leyó en las veladas hogareñas, para deleite de los jóvenes. Hoy no se le rinde tan directo tributo de admiración, pero se le recuerda con simpatía, lo mismo que otros frutos del ingenio de su autor, como *Inami*, inspirado en las bellezas panorámicas del sur, *Teudo o memorias de un solitario*, etc. Discípulo de Bello fue, asimismo, Hermógenes de Irisarri (1819-86), hijo del ilustre guatemalteco don Antonio José de Irisarri (1786-1869), que en algunos períodos de su larga existencia vivió en Chile. Su hijo Hermógenes, especialista en la poesía anacreóntica, tradujo a instigación de su maestro y fue periodista, pero se dejó ganar de la pereza y legó una obra breve y sin duda inferior a su preparación.

Otros poetas siguen en la nómina. Manuel Blanco Carín (1822-90), caracterizado como el más brillante y seductor periodista de su tiempo, alcanzó a recoger sus versos juveniles en un pequeño libro de 1859, pero muchos más dejó dispersos en revistas y diarios. Eusebio Lillo (1826-1910) fue encargado por el gobierno de reemplazar la letra de la canción nacional, pero dejó subsistente el coro debido a Vera y Pintado, que se sigue cantando hasta hoy con el texto de Lillo. Además escribió versos en elogio de las flores, entonados himnos a la libertad y a los próceres de la historia de Chile, gentiles descripciones de Santiago, su ciudad natal, y ligeras poesías humorísticas y de sátira social y política. Todo ello es labor juvenil, porque en la edad madura tanto olvidó sus aficiones y sus primeros intentos, que ni siquiera publicó en volumen su pro-

ducción, la cual hubo de quedar para recopilaciones póstumas (1923 y 1948). Idéntica abstención se observa en José Antonio Torres (1828-64), de quien se hallan versos únicamente en las antologías, periodista en *El Mercurio* y en *El Progreso* y fundador de *El Correo Literario* (1858), donde prestó generosa atención a las obras de sus colegas de letras. Su especialidad son los versos amatorios, junto a los cuales llaman la atención, por lo bien logrados, los de sátira costumbrista.

La gran poesía del siglo xix, inspirada en la razón y encaminada a rendir culto al progreso, se encarna en Chile en el nombre de Guillermo Matta (1829-99). Es, desde luego, uno de los más fecundos poetas nacionales, y cuatro gruesos volúmenes encierran una parte de su producción en dos series sucesivas (Madrid, 1858, y Leipzig, 1887); el resto, escrito hasta el año mismo de su fallecimiento, quedó sin recopilar. Es, además, un poeta de gran curiosidad intelectual, que emplea sus lecturas para pasearse por el escenario de Imundo y dedicar versos a cada prócer, a cada santo, a cada héroe, con la intención de ensalzar sus virtudes. Finalmente, y ya que no se puede enumerar aquí todo lo que se le debe, es un erudito a su modo, que no contento con el español bebido en la cuna materna, aprende el alemán, el italiano, el inglés, a fin de conocer mejor, en sus propias fuentes, a Goethe y Schiller, a Dante y al Petrarca, a Lord Byron y a Longfellow, que son algunos de los nombres más admirados por él. Con todo este bagaje pudiera temerse poca originalidad; pero no: Matta es poeta nativo, de gran talento, de enorme fuerza creadora, y sin perjuicio de traducir algo, generalmente crea a sus anchas, con admirable fluencia. Elogia la naturaleza, cuenta episodios de sus amores, anatematiza a los tiranos, pide

exaltadamente la libertad de los pueblos oprimidos, y a cada paso, volviendo la vista a su propia alma, se diseña anheloso de un bien que no ha llegado todavía a su lado o que le abandonó a deshora, cuando mejor comenzaba a gustarlo. No es correcto, y alguna crítica se ha ensañado en sus errores melódicos, pero es siempre inspirado, robusto, enérgico, viril.

Por todo ello forma agudísimo contraste con Guillermo Blest Gana (1829-1905), quien también viajó y conoció mundo, pero que se confinó, para el ejercicio poético, en la confesión personal. En la juventud, rimó con deleite estancias sentimentales, dominadas por la alegría de vivir; en la edad madura dejó un tanto los versos y se dedicó más a la prosa; pero cuando la ancianidad entró a rondarle, volvió a escribir versos, y entonces los hizo quejumbrosos, melancólicos, llenos de lacerante inquietud. Nadie ha sabido, en las letras chilenas, contar mejor que él la fuga de las ilusiones que se produce con los años. Adolfo Valderrama (1834-1902), novelista, cuentista, costumbrista, fue poeta de plácida entonación y más de una vez se sintió atraído por la vena satírica. Rosario Orrego de Uribe (1834-79) dejó simpático recuerdo como poetisa sentimental y tierna. Domingo Arteaga Alemparte (1835-80) encabeza decididamente el grupo de los poetas filósofos, que parecen dominar durante cierto fragmento de la historia de la poesía chilena, y sus odas al amor y al dolor están meditadas con hondura. Isidoro Errázuriz (1835-98), gran bohemio de las letras y de la política, no recopiló sus producciones métricas, las cuales corresponden casi todas al período de su juventud y le muestran, de paso, traductor excelente de Guerra Junqueiro y de otros poetas extranjeros. Benjamín Vicuña Solar (1837-97) no recogió su

producción dispersa, de índole sentimental, tarea que hubo de cumplir, con filial respeto, su hijo don Julio Vicuña Cifuentes, excelente poeta a su turno.

Una de las más complejas fisonomías literarias de este período es Luis Rodríguez Velasco (1838-1919), que en su primera juventud fue periodista y dejó versos satíricos en gran número enredados en las noticias de la crónica de *La Voz de Chile* (1862-4), que estuvo a su cargo. También le interesó la vida de los héroes, y en la Guerra del Pacífico (1879) encontró no pocos temas de inspiración; pero es su producción subjetiva, sentimental, de remembranzas del pasado, la que mejor permite recordarle a la distancia: *Visita a la casa paterna*, *La edad sin hiel* (balada). Es también autor de una bellísima leyenda de los días del Génesis, *El beso del Paraíso*, donde son protagonistas Eva y Adán, tan elevada en la forma que no se la creyó, durante unos pocos años, indigna del poeta argentino Olegario V. Andrade, en cuya recopilación póstuma fue incluida por error. Eduardo de la Barra (1839-1900), en cambio, prefirió verter a otros autores, y en su generosa empresa se le ve difundir como primicia versos de Edgar Allan Poe, así como intentar reiteradas versiones de Horacio y de otros poetas europeos. Es autor de fábulas, con las cuales solía intervenir en las polémicas, y rimó con excelente pulso, ya que entre otras especialidades suyas se cuenta la de ser un excelso tratadista de métrica, el más renombrado de Chile y uno de los mejores de la lengua castellana. Carlos Walker Martínez (1842-1905) intentó una leyenda, *El proscrito* (1873), como tributo a la poesía narrativa, en la cual también se le deben los *Romances americanos* (1871 y 1899), pero afrontó igualmente la poesía sub-

jetiva en delicadas composiciones que revelan al pensador tras el poeta.

Una intensísima labor poética suspendida a destiempo por la muerte, queda enmarcada bajo el nombre de José Antonio Soffia (1843-86), eminente traductor de Víctor Hugo y compaginador, con ayuda del literato colombiano Rivas Groot, de la antología *Víctor Hugo en América* (Bogotá, 1889), que fija una de las grandes fechas de la literatura americana. Soffia comenzó muy joven a rimar, y ya en *La Voz de Chile*, auspiciado por Rodríguez Velasco, daba a conocer sus primeras estrofas; en seguida consolidó su nombre en la colaboración de *La Estrella de Chile* (1867 y años siguientes), donde publicó *Las cartas de mi madre*, que le otorgaron enorme popularidad. En los días de la Guerra del Pacífico, su voz interpretó sentimientos populares de amplísima repercusión en cantos a los héroes y a los combates. Nombrado en seguida ministro diplomático en Colombia, vivió los cinco últimos años de su vida en Bogotá, donde pudo dar nuevo giro a su creación. Escribió allí versos filosóficos de melancólica entonación, pero también supo trasladar al poema *Las dos hermanas* algunos toques legendarios de la vida primitiva en las riberas del Magdalena. Con este poema no sólo rendía tributo de admiración a la tierra colombiana en que tan cariñosamente fue acogido, sino que también inscribió para siempre su nombre en el folklore literario-musical de lengua española, ya que un fragmento de ese poema, puesto en música, se canta en todos los países hispanoamericanos, inclusive sin mencionar el nombre de su autor.

Otro grupo de poetas contemporáneos se abre con la labor de Enrique del Solar (1844-93) hijo de la poetisa doña Mercedes Marín, que en 1874 editó las obras de su

madre y completó la leyenda *Escepticismo y fe*, que ella había dejado inconclusa. Manuel Antonio Hurtado (1845-1902) afrontó muchas formas de la poesía en multitud de metros, pero se distingue sobre todo como sonetista. Vicente Grez (1847-1909), afamado como novelistas y como periodista, queda en la poesía por sus *Ráfagas* (1882), breves epigramas de intención heineana. Víctor Torres Arce (1847-83), conocido asimismo como dramaturgo, es excelente poeta del amor y de la naturaleza, que describió en toques de intensa melancolía. Rodolfo Vergara Antúnez (1847-1914), presbítero, inspiró en el claustro algunas de sus composiciones y en otras hizo el elogio de las virtudes cristianas. Belisario Guzmán Campos (1847-1925) dejó su obra para póstuma, a pesar de haber escrito muchos versos inspirados en los más variados afectos. Pablo Garriga (1853-93), a despecho de su brevísima existencia, dejó fama bien cimentada de poeta como de dramaturgo, y en aquella especialidad llama la atención por las lecturas indostanas a que amplió su preparación literaria.

Dos poetas de grandes temas vienen en seguida. Pedro Nolasco Préndez (1853-1906) trató, a ejemplo de Olegario V. Andrade, de poner en verso episodios de la historia, para lo cual debió estudiar el cosmos y esbozar los grandes problemas del hombre en la tierra. Su elogio de la cordillera de los Andes es uno de los grandes momentos de la poesía descriptiva americana, y su recuerdo de Colón, en el cuarto centenario del descubrimiento de América, no es menos inspirado. Francisco Concha Castillo (1855-1927) cantó al dolor, en cuyo elogio dijo que por él "la eternidad empieza", y al sentimiento, en estancias que le dieron ocasión para contar su propio paso por la poesía. En la misma época de los poetas que acabamos de mencionar, figura

Luis Barros Méndez (1861-1906), autor de *Expansiones* (1894) y de algunos de los versos que se exhiben inscritos en la portada del principal cementerio de Santiago; fue también poeta nativista en una porción reducida pero muy selecta de su obra. Leonardo Eliz (1861-1939) se distinguió en la poesía por el amor a las rosas, que elogió en las más diversas formas, y tradujo del portugués a no pocos poetas brasileños.

La línea propia de evolución de la poesía chilena, inspirada generalmente en motivos surgidos de ella misma, se acentúa en la forma más categórica con la obra de Pedro Antonio González (1863-1903), a quien, por los años de su vida, pudiera inscribirse en el período modernista. González, sin embargo, permaneció casi totalmente indemne de esa influencia, y se talló una senda personal suya. Le agradaron los grandes temas de la historia, como a Matta, a quien admiraba mucho; jamás escribió un soneto; buscó metros difíciles, de gran valor melódico; escarbó en su alma doliente y pesimista a fin de exhibir un agitado espectáculo; contrastó, a lo Byron, la virtud de la vestal con el ansia desenfrenada de la bacante, y procuró, en todo, ser original y único. Su mejor elogio es decir que en gran parte lo logró. Los poemas *El monje* y *El proscrito* pueden no ser tan originales, ya que por esos mismos años los escribía muy parecidos Núñez de Arce; pero en lo demás, frecuentemente tocaba la cuerda que le estaba en especial reservada por el destino. Por la selección de las voces es ante todo artista consciente, que sabe emplear sus recursos en la faena que mejor siente acomodarle. Pero es también, y sobre todo, un hombre doliente, que ha sentido muy pesado el fardo de la existencia, en la cual recogió dolores e incomprensiones, a las que respondió, por des-

gracia, con una conducta bohemia, atrevidísima, que contribuyó a enajenarle respetabilidad y simpatía. De todo ello resulta una personalidad lírica de impresionante fuerza, con sello propio en las letras chilenas y que, en fin, desvía la contaminación modernista hasta el punto de que ésta viene a operar tardíamente en Chile, a pesar de haber sido este país la cuna del Modernismo, desde que Rubén Darío publicó en Valparaíso y en 1888 su primer libro modernista, *Azul*.

Julio Vicuña Cifuentes (1865 - 1936) sirve de enlace a dos siglos y a dos generaciones con su obra abundantísima y variada, de la cual se recogen sólo los ecos más nuevos, por decisión propia del poeta, en *La cosecha de otoño* (1920). La expresión del título revela la severa eliminación que el poeta hizo de los versos que le parecieron menos logrados, en los cuales, sea dicho de paso, hay muchas traducciones de Horacio y de otros poetas y muchas fábulas literarias. En lo recogido, persiste el recuerdo de *La Mimosita*, doliente poema de la mala vida, y de *El asno*, uno de los mejores sonetos labrados en Chile. Ricardo Fernández Montalva (1866 - 99) alcanzó a recopilar en *Intimas* (1888) y *Nocturnos* (1897) una parte de su labor, pero mucho de ella quedó fuera. Por ambas porciones, se le debe mención como poeta sentimental, enamorado, de tiernas inflexiones, pensativo, de forma agradable. Egidio Poblete (1868 - 1940), copioso periodista, costumbrista y cuentista, autor de novelas no menos abundantes, tradujo en forma excelente a Virgilio, cuya *Enéida* puso en metro castellano, y escribió además otras composiciones menores, en tono serio y satírico, que le abren paso a las antologías. Augusto Winter (1868 - 1927) se hizo famoso con *La fuga de los cisnes*, de forma acompañada. Gustavo Va-

lledor Sánchez (1868-1930) fue autor de excelentes sonetos y, enamorado de la belleza pagana, más de una composición de tono parnasiano escribió sobre deidades y personajes menores de la antigüedad clásica.

Samuel A. Lillo (1870-1958), poeta descriptivo por excelencia, cantó en estrofas generalmente entonadas y aun algo declamatorias, la vida de los héroes, aventuras de pesca, el ambiente nativo de su región natal, Lota, la misma que había inspirado a su hermano Baldomero los cuentos mineros que le iban a hacer famoso. Lillo fue, además, autor de elogios de la lengua castellana, a cuya enseñanza vivió dedicado muchos años, y de la epopeya de la conquista de la tierra americana por los tercios españoles. Como poeta descriptivo es el más descollante del siglo xx y uno de los más significativos de las letras chilenas. Su obra lírica subjetiva es reducida, de menor relieve, y corresponde a los años finales de la larga vida del autor.

Abelardo Varela (1871-1903), uno de los pocos escritores suicidas de la historia literaria de Chile, jamás recopiló sus versos, dispersos en la *Revista Cómica*, de que fue director, y en la *Revista de Chile*, principalmente. Tradujo asimismo a Eça de Queiroz, pero fue su principal maestro e inspirador nadie menos que Verlaine. Cuando muy pocos hablaban del *Pauvre Lélian* en Chile, Varela lo tenía ya todo leído y lo imitaba en cantos llenos de ternura, exquisitos, de forma tenue y dulce, con toda la languidez neurótica que habría recomendado el propio Verlaine. Horacio Olivos y Carrasco (1872-1917) quiso llevar a su poesía los sonos más egregios de la antigüedad pagana, en contraste con Antonio Bórquez Solar (1874-1938), que a la comezón modernista de los primeros años agregó un vivísimo interés por el paisaje nativo, donde elogió, sobre to-

do, las bellezas de su rincón insular. Pedro E. Gil (1875-1934) adoptó la cuerda risueña, así en prosa como en verso, fue dramaturgo, y, en fin, abundoso colaborador de los diarios con artículos hechos sólo para reír. Bernardino Abarzúa (1876-1955), presbítero, elogió al pueblo chileno en la paz y en la guerra. Francisco Contreras (1877-1933), extrañado muy joven de Chile, con obra tanto en francés como en español, fue uno de los primeros modernistas chilenos, junto con Bórquez Solar, tradujo a Heredia y a Verlaine y labró no pocos sonetos de impecable factura. Miguel Luis Rocuant (1877-1948) escribió versos sólo en la primera mitad de su existencia, y después se dedicó a la prosa, con el notable logro de *En la barca de Ulises* (1934), que narra un viaje por Grecia. En aquellos versos se reveló poeta impasible, de forma escultórica, amigo de interrogarse sobre los grandes problemas que angustian al hombre. Oscar Sepúlveda (1878-1910), autor teatral y periodista, de vida inquieta, aventurera y abreviada por la bohemia, jamás pudo recopilar sus versos. Se distingue por la expresión brevísima, epigramática, a menudo doliente. Carlos E. Keymer (1878-1949), insistentemente inclinado a la forma del soneto, logró alcanzar felices destellos en unos cuantos que revelan notables disposiciones para la confesión personal.

Una nueva cima de la poesía chilena se toca con la obra lírica de Manuel Magallanes Moure (1878-1924), que pareció, en algunos instantes, dispersarse entre la prosa y el verso. Fue celebrado como cuentista, hizo crítica de artes plásticas en *El Mercurio*, y hasta pintó cuadros de que se pudo hacer lucida exposición bajo el auspicio de Los Diez; pero, pasado el tiempo, es su obra de poeta la que prevalece en el conjunto. Su distintivo es la sencillez de la forma,

ya que generalmente se contenta con la rima asonante y con los metros breves, de corto aliento; y ésta es sin duda la manera que a él le pareció más compatible con su sensibilidad, exquisita, tierna, hecha a la expresión del amor, angustiada sólo por la espera de la mujer amada, contemplativa ante la naturaleza, melancólica, amiga de la soledad y del callado misterio de las cosas abandonadas y mustias. Desde este punto de vista, su obra tiene algo de parentesco con la de Juan Ramón Jiménez, si bien la precede en el tiempo y jamás se despeña en el prosaísmo. Abel González (1879-1930), recogido a la vida provinciana, no temió rimar sonoras estrofas sobre el paisaje nativo, en tono doliente, cristiano, afectivo con todas las criaturas. Jorge González Bastías (1879-1950), que ningún parentesco guarda con el anterior, bebió, como Musset, en vaso pequeño, alabó el modesto ambiente de sus tierras pobres y fue, sin ningún aliño, cantor de la vida agreste en estrofas nada correctas pero bien coloreadas.

Los gérmenes de interés por la vida popular, que se han venido registrando en algunos de los poetas de estos años, hacen aparición vigorosa en el estro de Carlos Pezoa Véliz (1879-1908), hasta el punto de que hoy se le tiene como el mejor intérprete de la idiosincrasia de sus compatriotas, de la clase media para abajo. Tuvo una vida bastante breve, y en ella algunos años fueron dilapidados en la bohemia; pero algún día sentó cabeza y fue periodista en Valparaíso dando a conocer sus producciones en prosa y en verso en *La Voz del Pueblo* y en *La Comedia Humana*, donde se hizo notar como costumbrista. Herido en el terremoto del 16 de agosto de 1906, que le sorprendió cuando vivía en Viña del Mar, tuvo una convalecencia dura y difícil, durante la cual escribió una de sus pequeñas obras

maestras, *Tarde en el hospital*. Anunciaba la publicación de un libro de prosa, y el de verso que habría debido publicar se llamaba, según su proyecto, *Las campanas de oro*; pero todo su bagaje quedó para póstumo, y fue recogido por su íntimo amigo Ernesto Montenegro en *Alma chilena* (1911). En años siguientes se ha estudiado mucho su obra, y la crítica ha llegado a convenir en que ella permite asomarse a no pocos vericuetos del espíritu del pueblo chileno, especialmente el fatalismo, la resignación, la abulia, rasgos todos que comparecen especialmente en composiciones como *Entierro de campo*, *El pintor Pereza*, *Nada*. Falta una edición completa de su producción, dispersa en publicaciones periódicas, para poder apreciar en todas sus facetas el efectivo aporte de este poeta a la lírica chilena. Otros poetas del mismo período son Luis Felipe Contardo (1880 - 1922), presbítero, autor de excelentes sonetos, y Alberto Mauret Caamaño (1880 - 1934), también sonetista de mérito y, además, sensual cantor del amor carnal. Carlos R. Mondaca (1881 - 1928) escribió poco, ya que estuvo distraído por labores docentes, pero se le recuerda por la dramática intensidad de algunos de sus versos, nada esmerados en la forma.

Víctor Domingo Silva (1882 - 1960), nacido en provincia, de vida dura en los comienzos, conoció la más amplia popularidad desde 1904, año en que ocupaba por primera vez la tribuna del Ateneo de Santiago, hasta 1920, en que su campaña política alcanzó culminación y triunfo en Iquique. En los años que siguen, hasta su fallecimiento, siguió cultivando el verso y la prosa, desempeñó funciones consulares, abrazó esporádicamente el periodismo y fue más de una vez aclamado por sus anteriores triunfos. Recibió el Premio Nacional de Literatura y, en 1960, pocos meses

antes de fallecer, el de Teatro. Un estudio siquiera reducido de su obra no cabría en estas líneas de evocación panorámica, ya que su personalidad es una de las más completas que en el terreno literario se han producido en el país. Como artista métrico, desde luego, se le deben cantos patrióticos, exaltaciones jubilares ante los héroes, cuentos en verso, poemas folklóricos, sonetos sobre sitios de España, etc. Y junto a ese caudal, también descuella como poeta del amor, en estrofas vibrantes, melódicas, sugestivas, que por muchos años suscitaron turbamultas de imitadores en el país. Fue por algún tiempo poeta de la protesta social (*La Nueva Marsellesa*), pero cantó también el trabajo, la comprensión, la tolerancia, la vida de familia, en estado de trance y de efusión lírica que logra fácilmente conmover al auditorio, ya que sus versos se prestan muy bien a la recitación en voz alta, inclusive los más delicados y subjetivos (*Balada del violín*). Por su patriotismo, su energía, su franqueza, su entusiasmo, es el poeta nacional por excelencia, admirablemente dotado por la fortuna para cantar todas las emociones propias del pueblo chileno.

Juan Manuel Rodríguez (1884-1917), muy popular en las revistas *Sucesos* y *Monos y Monadas*, dramaturgo afortunado por sus comedias *La silla vacía* y *La nube*, fue también poeta sentimental de tono muy efusivo y tierno. Su único libro poético, *Páginas sentimentales*, como publicado en 1909 no contiene sino una parte muy reducida de su vasta labor. Gustavo Mora Pinochet (1885-1915) se distinguió por traducciones de poetas italianos, de que publicó dos volúmenes, pero también por versos de su propia inspiración, generalmente lastimada por penas de amor.

En años siguientes aparecen otros autores que llevan al cultivo del verso nuevos estilos de sensibilidad literaria.

Uno de ellos, Pedro Prado (1886 - 1952), comenzó escribiendo en verso libre en plena juventud (*Flores de cardo*, 1908), pero después abarcó el soneto y desde 1934 (*Camino de las horas*) hasta 1949 (*Las estancias del amor*) publicó varios centenares de éstos, en cinco colecciones. Los sonetos de Prado fueron al principio duros y algo demasiado estrechos para dejarnos percibir la intención del autor; pero ganaron en claridad e intensidad con el paso del tiempo, de modo que hoy puede ya contársele entre los mejores sonetistas de la literatura chilena. Julio Munizaga Ossandón (1888 - 1924), aunque comenzó muy joven, tuvo una obra corta, resumida en *Las rutas ilusorias* (1914), su único libro, de tono blando, sentimental y efusivo.

El gran suceso de la literatura chilena moderna es sin duda Gabriela Mistral (1889 - 1957), donde se dieron cita no pocas contradicciones. Una de las más señaladas es que habiendo comenzado la vida en forma muy humilde, nacida en pequeño poblado de pocos habitantes y de escaso nivel cultural, ascendió en la estimación de los letrados de todo el mundo hasta recibir los máximos honores del gobierno de Chile, y, finalmente, el Premio Nobel de Literatura (1945). Esta ascensión extraordinaria, que coloca el nombre de Gabriela Mistral más allá de las discusiones sobre méritos literarios, se basó, primero, en el galardón con que fueron distinguidos sus *Sonetos de la muerte* en los juegos florales de 1914; y pudo después afirmarse en *Desolación* (1922), su primer libro de versos y el mejor de todos, publicado en Nueva York bajo el auspicio editorial del Instituto de las Españas de la Universidad de Columbia. Salvo excepciones muy contadas, los versos de Gabriela Mistral cuentan dolores íntimos, del alma de la artista, desde las penas de amor de la adolescencia, hasta la tra-

gedia que rompió la vida de su prometido (*El ruego*). En otro plano, cantó igualmente la labor de los maestros rurales, escribió versos infantiles para animar los juegos de los escolares, y en poemas en prosa vertió enseñanzas de moral y de convivencia para aconsejar a grandes y chicos. En los años de su madurez, produjo no pocos recados, esto es, artículos en prosa donde hizo el elogio de hombres, libros, paisajes, vidas históricas, etc., en forma dura, difícil y, a veces, sibilina. Por eso, cuando se la contempla a la distancia, se la distingue ante todo como poetisa del verso, que en no pocas estancias de *Desolación* alcanzó cimas de elevación, intensidad, dramatismo, efervescencia del ánimo, hasta entonces no obtenidas por ningún otro poeta chileno.

En plano muy diverso, también ha conocido la popularidad internacional Vicente Huidobro (1893-1948), que comenzó a escribir muy joven, casi niño (su primer libro, *Ecos del alma*, es de 1912), y que hacia 1916 rompió con las formas hasta entonces usuales en su métrica para adoptar el verso libre, sin rima y sin ritmo perceptible. Más que eso: promulgó una doctrina literaria nueva, llamada Creacionismo, que aconseja a los poetas no cantar las cosas del mundo sino crearlas, en sus propios versos, con las palabras. En prosa se le deben un excelente relato histórico, *Mío Cid Campeador* (1929), escrito en forma heteróclita, y varias novelas; pero su fama principal descansa en los versos de libros como *El espejo de agua* (1916), *Ecuatorial* (1918), escritos tanto en francés como en español y traducidos, en el primer caso, por el autor mismo. Su obra ha levantado agitadas polémicas en diversas ocasiones, merced a la audacia con que Huidobro se lanzó contra casi

toda convención literaria, y es conocida tanto en Chile como en otros países (España, Argentina, etc.).

En los años finales del siglo xix nacen unos cuantos poetas dignos de mención, como Domingo Gómez Rojas (1896-1920), elegíaco hondo y atormentado, de vida muy breve; María Monvel (1899-1936), una de las más significativas poetisas chilenas de todos los tiempos por su obra plenamente femenina, delicada, hondísima en la expresión de los afectos amorosos; Armando Ulloa (1899-1928), inspirado en la vida campesina, que revestía de eglógicos encantos. En años siguientes aparecen, además, Romeo Murga (1904-25), cuya vida extremadamente breve apenas le permitió darse a conocer como poeta; Alejandro Galaz (1905-38), autor de romances excelentes (*Romance de la infancia*) y de versos amatorios y sentimentales; Oscar Castro (1910-47), notable novelista y cuentista, pero también poeta de mérito desde *Camino del alba* (1938) hasta *Rocio en el trébol* (1950), con obra original, inspirada tanto en el paisaje como en los dolores íntimos del hombre (*Humana voz*).

Entre los poetas de nuestros días deben mentarse algunos que tienen obra holgada para ocupar la atención de la historia literaria. Diego Dublé Urrutia (1877) ha escrito poco, pero de sus versos, elaborados con extraordinaria destreza, cabe hacer dos selecciones igualmente felices: los poemas descriptivos, a veces inclinados a la risueña burla de las costumbres populares, y los poemas de orden subjetivo, en que el poeta se eleva a la altura de la contemplación filosófica. Daniel de la Vega (1892), distinguido en varios géneros literarios y periodista de afanosa labor, fue coronado en 1918 como el poeta más popular de Chile, al cabo de una encuesta iniciada en la revista Zig-Zag. Jor-

ge Hübner Bezanilla (1892) mantiene el singular capricho de no recopilar sus producciones, dispersas en revistas y acogidas en las más exigentes antologías. Carlos Préndez Saldías (1892) es autor de no pocos volúmenes de versos en que aborda temas de la vida erótica. Angel Cruchaga Santa María (1893) comenzó como poeta sutil un tanto modernista, pero en la madurez ha hecho poesía civil, con notoria intención política. Pablo de Rokha (1894), seudónimo de Carlos Díaz Loyola, emplea un lenguaje violento, con insistentes repeticiones, y suele llegar hasta el insulto contra instituciones y personas. Su producción es abundantísima, en prosa y en verso, y algunos de sus ensayos quedan en las páginas de su revista *Multitud*, que publica con poca regularidad. Francisco Donoso (1894), presbítero, escribe con digna sencillez. Juan Guzmán Cruchaga (1895), alejado de Chile por muchos años debido a su labor diplomática, es autor de muy delicadas poesías de rememoración amorosa. Manuel Rojas (1896), más descolante como prosista en cuento, novela y ensayo, también se ha hecho notar como poeta. Arturo Torres Riosco (1898), crítico literario e historiador de la literatura hispanoamericana, se da tiempo para editar, de vez en cuando, libros de versos líricos. Roberto Meza Fuentes (1899), abiertamente modernista, afronta por lo común la poesía civil y de elogio de los héroes.

Con la obra de Pablo Neruda (1904), que comenzó muy joven en las páginas de la revista *Claridad*, la poesía chilena conoce otra interesante inmersión en el mundo extranjero, ya que es, por ahora, el poeta chileno más difundido fuera de su país. Durante años de juventud fue caracterizado poeta del amor (*Crepusculario*, 1923), pero después derivó ostensiblemente a la poesía de temas políti-

cos en *Canto general* (1950), libro que ha sido varias veces editado en las más varias formas y que es objeto de toda una escuela de exégetas afanosos que tratan de precisar su alcance y su sentido preciso. Las *Odas elementales* que comenzó después (1954), y de las cuales hay varias series publicadas, tratan de recuperar la sencillez popular de la forma que recomienda el realismo socialista, ya que el poeta pertenece, por escuela, al comunismo. Los nombres de los poetas que forman en la misma generación han sido sin duda oscurecidos por el de Neruda: Juvencio Valle (1905), seudónimo de Gilberto Concha Riffo, que se hace notar en la poesía de los rincones forestales de Chile; Humberto Díaz Casanueva (1905), sumamente oscuro de forma; Fernando Durán (1908), que además de poeta se hace leer como crítico literario. En años siguientes figuran también Julio Barrenechea (1910), Premio Nacional de Literatura en 1960, entusiasta poeta desde la niñez, Aldo Torres Púa (1910), Antonio de Undurraga (1911), José Grimaldi (1911), Victoriano Vicario (1911), Luis Merino Reyes (1912), novelista además; Carlos René Correa (1912), el originalísimo Nicanor Parra (1914), Omar Cerda (1914), Eduardo Anguita (1914), que tomó a su cargo la tarea de editar a Vicente Huidobro, Gonzalo Rojas (1917), María Silva Ossa (1918), Víctor Castro (1920), Miguel Arteche (1926), Efraín Barquero (1930), muy tierno en su elogio de la vida de familia, y muchos otros, todavía de más recientes fechas. Las facilidades editoriales que existen ahora para publicar libros, permiten que cada año varias docenas de nuevos poetas, de entre quince y treinta años, traten de darse a conocer. Los que persisten, sin embargo, son pocos.

TEATRO

Los orígenes del teatro chileno en el período colonial son todavía más desmedrados que los de otros géneros literarios, ya que la representación escénica comporta una cantidad enorme de esfuerzos, de entrenamiento, de efímera construcción, que no era nada fácil armar para un par de funciones ante un público reducidísimo. Consta, eso sí, que en Chile, como en las demás provincias del imperio español, se representaron autos en las portadas de los templos; pero debe señalarse que la letra de estas piezas, salvo alguna excepción, era toda debida a los ingenios españoles, que fueron ciertamente fecundos, durante los siglos de oro, en el elogio de las instituciones sacramentales bajo forma dramática. Nuestra enumeración ha de comenzar, pues en los albores del período independiente.

Juan Egaña (1768-1836), tan renombrado en los anales históricos de Chile por sus muchas empresas culturales, se inclinó también a la composición teatral, y en la nómina de sus obras vemos mencionadas varias (*Porfía contra el desdén, El marido y su sombra, Amor y gravedad*, etc.); pero se han perdido, y jamás hemos podido conocerlas. Cosa parecida cabe decir de Camilo Henríquez (1769-1825), que estando en Buenos Aires contribuyó a una sociedad encaminada a establecer el buen gusto en el teatro, con la redacción de dos piezas de inspiración patriótica, *Camila o la patriota de Sud América* y *La inocencia en el*

asilo de las virtudes. Estas dos obras, publicadas a título póstumo, no han sido jamás llevadas a la escena.

Con la llegada de Bello a Chile, la literatura dramática cobra especial impulso. De una parte, don Andrés gustaba del teatro y dio forma española a una pieza de Dumas, *Teresa*, que se representó más de una vez y sirvió para consolidar en el país el interés por la escena dramática. De otra, Bello recomendó a sus discípulos la traducción, y éstos en varios años siguientes acometieron la adaptación de obras extranjeras a la escena chilena, a ejemplo de lo que había hecho su maestro con aquella pieza de Dumas. Pero, en fin, debe citarse el hecho de que Bello traía en su propia familia a uno de los más importantes dramaturgos chilenos en este período del desarrollo del arte teatral. Su hijo Carlos (1815-54), que a Chile llegó cuando tenía sólo catorce años de edad, intentó en varios géneros la literatura, y en el teatro se le debe *Los amores del poeta* (1842), que estaba destinado a subrayar, en la escena, el movimiento de expansión literaria que se produjo en aquella época, a influjo de las lecciones de su padre. En el mismo año, por lo demás, estrenó en la capital su drama *Ernesto* el literato español Rafael Minvielle (1800-71), quien escribió asimismo otras escenas dramáticas en años sucesivos.

Salvador Sanfuentes (1817-60), discípulo de Bello, trajo no pocas piezas dramáticas de Racine y de otros autores, y además compuso especialmente una *Juana de Nápoles* inspirada también en obras de fuera. En contraste, interesan ya los temas chilenos a José Antonio Torres (1828-64), autor de *La independencia de Chile*, y a Guillermo Blest Gana (1829-1905), mejor conocido en su calidad de poeta lírico, a quien inspiró un asunto americano, en

La conjuración de Almagro (1858). Idéntica propensión aparece en Alberto Blest Gana (1830-1920), cuyo sainete *El jefe de la familia* (1858) presenta un ameno cuadro de costumbres, en ambiente casero, con chistes templados y plausibles. Esta obra, precariamente estrenada sólo en nuestros días, es, por lo demás, según opinión de la crítica, la primera en la cual un autor chileno se atrevió a incursionar en el hogar de medio pelo para dibujar con vivacidad y sin ninguna idealización postiza, las costumbres propias de ese ambiente.

Esta evolución, por lo demás, había sido auspiciada sin duda por el público, puesto que en lo sucesivo los autores teatrales, salvo excepciones de corto número, seguirán fieles al ambiente nacional. Tal vemos en Román Vial (1833-96), uno de los más importantes escritores de corte costumbrista de la literatura chilena. A Vial no le bastaron los artículos breves para deslizar escenas observadas en el ambiente, y afrontó la pieza teatral con el mismo designio, como puede verse en *Choche y bachicha* (1870). Vial es también autor de *Dignidad y orgullo* y de *Los extremos se tocan*, piezas estrenadas en Valparaíso y, siempre, con personajes observados en el medio nacional. La misma intención se puede hallar en el vasto repertorio que se debe a la pluma de Daniel Barros Grez (1834-1904), sin duda uno de los más felices dramaturgos nacionales. Piezas como *Cada oveja con su pareja* (1879) y *El ensayo de la comedia* (1886) bastarían para cimentar el nombre de un dramaturgo en nuestra historia literaria; pero se le deben además *La beata* (1859), con censura de costumbres, *La colegialada* (1873), risueño juguete cómico, *El tejedor o la batalla de Maipú* (1873), donde el fondo es histórico pero la trama queda armada en torno a los usos sociales que el au-

tor deseaba reprender. En otra cuerda, Barros Grez fue también autor de *Como en Santiago* (1875), caricatura del provinciano ofuscado por la capital, considerada como su obra maestra y representada con gran espectáculo en 1947.

El poeta Luis Rodríguez Velasco (1838-1919), de vasto renombre en esa calidad, afrontó el teatro en dos formas: traduciendo las piezas dramáticas de Alfred de Musset y componiendo dramas de inspiración propia, entre los cuales cabe citar *Por amor y por dinero*, escrito en verso. A esta pieza, estrenada en 1885, siguieron en la producción de Rodríguez Velasco otras dos traducciones significativas, la de *Felipe Derblay*, de Ohnet, y la de *Ruy Blas*, de Víctor Hugo. En todas estas piezas el autor hizo derroche de sus facultades literarias, empleando tanto la prosa como el verso. Carlos Walker Martínez (1842-1905) es autor de *Manuel Rodríguez* (1865), donde escenas de la historia, vivificadas por la fantasía del poeta, lograron despertar el entusiasmo del público. Víctor Torres Arce (1847-83), inclinado también a la poesía lírica, contribuyó al teatro con dos piezas que celebraron sus contemporáneos, *El honor de una mujer* (1872) y *Los dos amores* (1876).

En plano menos erudito, pero dotado de enorme inspiración dramática, figura Juan Rafael Allende (1848-1909), que se distinguió asimismo como versificador en los días de la Guerra del Pacífico, bajo el seudónimo El Pequeño. Escribió principalmente en verso, forma que a él le era fácil y que creía, en fin, más adecuada al público por la facilidad de la memorización. Una parte de su obra está inspirada en aquella guerra: *El general Daza* (1879), para poner en solfa a Bolivia, *La comedia en Lima* (1881), destinada a celebrar la caída de esa capital en poder de las fuerzas chilenas, *La generala Buendía* (1881), y, finalmente, *El cabo*

Ponce, donde se entona el elogio del heroísmo anónimo de los soldados. Piezas de costumbres, con ribetes de sátira política, son *La república de Jauja* (1892) y *Un drama sin desenlace* (1892), esta última como alusión a la reciente guerra civil de 1891. Las obras costumbristas, generalmente con interesantes fragmentos humorísticos, son *Moro viejo* (1881,) *Víctima de su propia lengua* (1888), *¡Para quién pelé la pava!* (1890) y *El cuento del tío* (1904). A veces afloraba en la producción de Allende alguna propensión a la enseñanza moral, cual se ve en *De la taberna al cadalso* (1901), cuyo solo título exhibe una intención didáctica que no cabe subrayar. Allende no logró imprimir la mayoría de estas producciones, y algunas se han perdido en manos de los actores que tuvieron encargo de representarlas; pero consta en los periódicos de la época la excelente acogida que recibieron. A un contemporáneo suyo, Mateo Martínez Quevedo (1848-1923), se debe el mayor éxito teatral conocido en Chile, el de *Don Lucas Gómez* (1885), sainete de sal muy gruesa, representado centenares de veces para un público que desea reír con las salidas chocarreras de un personaje plebeyo. Del mismo autor se conocen otras obras teatrales, como *La mujer de don Lucas*, *Consecuencias de los celos* y *Joaquín Murieta*, menos populares en todo que el *Don Lucas Gómez*.

En años inmediatamente siguientes aparecen otros autores que enriquecen con sus producciones la escena nacional. Daniel Caldera (1851-96) brinda a la literatura dramática nacional con *El tribunal del honor* (1877) una pieza maestra, siempre citada por los tratadistas y los críticos como digna de estimación por la excelente construcción dramática. Antes había escrito *Arbaces o el último Ramsés* (1874), drama histórico basado en una obra de

Bulwer Lytton. Antonio Espiñeira (1855-1907), aficionado al empleo de recursos folklóricos en sus piezas teatrales, produjo desde la juventud escolar, pero afrontó el rigor del público algo más adelante, con *Chincol en sartén* (1876), pieza costumbrista muy celebrada. En años siguientes estrenó *En la puerta del horno...* y *Fuera de su centro* (las dos de 1887), obras satíricas. La segunda tiene la singularidad de que todos sus personajes pertenecen al sexo femenino. También se le deben *Lo que no tiene sanción* (1888), drama en tres actos de ambiente santiaguino, y *Martirios de amor*, *Cervantes en Argel* y *Pena de la Vida*, estas tres con escena ubicada fuera de Chile.

Domingo A. Izquierdo (1860-86) logró fama por *La Quintrala* (1883), obra premiada en un certamen dramático y considerada como la mejor de tinte histórico que se ha escrito en Chile. Adolfo Urzúa Rozas (1863-..) es autor de *Alberto el poeta* (1895) y de varias piezas menores. Ricardo Fernández Montalva (1866-99), que sobresalió como poeta, es también dramaturgo en *La mujer de mundo* (1897), obra en que se diseñan personajes de alta figuración social. Pedro E. Gil (1875-1934), de grandes dotes como versificador, escribió una serie de pequeñas piezas de teatro, ligeras, bien intencionadas. Aurelio Díaz Meza (1879-1933), enamorado de la vida histórica de Chile, autor de tradiciones y leyendas, afrontó la composición dramática en *Rucacahuín* (1912) y muchas otras piezas de variada índole. De Antonio Orrego Barros (1880) se conoce un intenso drama campesino, *La marejá* (1911), escrito en verso y destinado a ser, con el tiempo, una de las más vigorosas estampas literarias del país.

Víctor Domingo Silva (1882-1960) llenó la escena teatral de Chile y aún de otros países hispanoamericanos du-

rante varios años, como paréntesis a sus labores de poeta, de periodista y de novelista. Fuera de otros títulos de iniciación, estrenó *Aires de la pampa*, *La vorágine* y *Almas muertas*. En Montevideo llevó a la escena, por primera vez, *El hombre de la casa*, *Los buenos muchachos*, *Junto a la cuna* y *Viento negro*, antes de poderlas ofrecer al público chileno. Vuelto a su patria, estrenó *La divina farándula*, con la colaboración musical de Osmán Pérez Freire, y *Los balcones floridos*, en una gira muy extensa por diferentes provincias. Por el mismo tiempo, en Santiago llevó a las tablas *La vida cruel* y *La ilusión que vuelve*, obras costumbristas de corte ligero. Es también autor de *Lucecitas en la sombra*, *Nuestras víctimas*, *Cabeza de ratón* y muchas otras obras, que se podrían agrupar en series por su índole. Y tanta fue la abundancia de esta labor, que a su fallecimiento han quedado sin estrenarse varias piezas dramáticas suyas, entre las cuales cabe citar, por la importancia que el autor le atribuía, *Rafael Torreblanca*, *el poeta soldado*.

Entre sus contemporáneos descuellan Eduardo Valenzuela Olivos (1882-..), autor de piezas dramáticas para niños, Juan Manuel Rodríguez (1884-1917), famoso por *La silla vacía* (1912) y *La nube* (1914), y Natanael Yáñez Silva (1884). Este último es el más fecundo de los tres, y ha escrito dramas de gran mundo, de corte sentimental, en que se estudian problemas psicológicos de amor y de celos. Sus títulos principales, *Los viejos violines*, *El musgo*, *Buscando olvido*, *Aves de paso* (en colaboración con Fernando Santiván), *La cachetona*, *Humo dorado*, *La última muñeca*, produjeron revuelo en el ambiente artístico cuando fueron estrenados, y todavía se les recuerda con encomio por la excelente construcción dramática de que daba muestra el autor.

La obra teatral de Eduardo Barrios (1884) luce poco al lado de la novelesca que también se le debe, y está compuesta por las piezas *Por el decoro* (1913), *Lo que niega la vida* (1913) y *Vivir* (1916), esta última no representada por no haberse hallado compañía que se atreviera a ponerla en escena. Rafael Maluenda (1885) descuella también como novelista y cuentista, y su paso por el teatro tiene fecha de comienzo y de término: *La suerte* (1911) y *Triángulo* (1930). Entre medio representó otras piezas y tradujo obras de terceros, para volver en seguida a reemprender su carrera de periodista y de novelista. Antonio Acevedo Hernández (1886), autor de pocas letras pero dotado de vigoroso instinto dramático, ha fijado su atención en asuntos campesinos y de suburbio, con personajes de las clases bajas. Sus principales títulos son: *Almas perdidas* (1917), *La canción rota* (1921), *Arbol viejo* (1927), *Chañarcillo* (1933), *Los caminos de Dios* (1937). René Hurtado Borne (1887-1960), fecundísimo, fue cuentista y novelista en las mocedades y después, pasado a las filas del teatro, llegó a ser uno de los más activos dramaturgos del período contemporáneo. De él cabe citar *¿Por qué se ama?* (1913), *La otra* (1913), *Entre las brumas*, *Damas de noche* (1915), *Su lado flaco* (1932). *Mal hombre* (1913) ha sido saludado como su obra maestra. Daniel de la Vega (1892), excelente periodista y autor de pequeños poemas en prosa, es fecundo autor dramático desde los tiempos ya algo remotos de *El bordado inconcluso* (1913) y de *Cielito* (1915). En años más recientes ha vuelto al teatro esporádicamente, dando a conocer *Gente solitaria* (1932), *El ideal* (1935), *La universidad de ojos pardos* (1949), etc. Carlos Barella (1892), con alguna obra poética, es activo autor teatral desde *Fatalidad* (1912), *Un drama vulgar* (1920), y ha proyectado su atención a

los temas históricos cual se puede ver en *Vida, pasión y muerte de la Quintrala* (1938), Manuel Rodríguez y Fray Andresito.

Armando Moock (1894-1942) es el más importante dramaturgo chileno de su tiempo y uno de los más completos de la escena nacional sin distinción de épocas. Vivió algunos años de su existencia en el extranjero y falleció en Buenos Aires, de modo que algunos de los títulos de su nómina no pertenecen a temas inspirados en la psicología nacional; pero la mayor parte de sus creaciones tiene sitio de origen. Sus obras principales *La serpiente*, *Pueblecito*, *Isabel Sandoval*, *Modas*, *Cuando venga el amor*, *Mundial Pantomim*, *Natacha*, *Señorita Charleston*, fueron más de una vez aclamadas en la escena. De su producción dramática estrenada en Buenos Aires cabe citar, además, *El castigo de amar*, *Yo no soy yo*, *Un casamiento a la yankee*, *Ases y damas*, *Los perros*, *Era un muchacho alegre*, *La araña gris*, *Pepito y Juanito*, *La oración de la tarde*, etc. Moock estudió sobre todo el ambiente de clase media y aprovechó episodios de celos, seducción y adulterio para algunas de sus situaciones dramáticas; pero también se sintió atraído por los casos morbosos, como puede verse en *Un loco escribió este drama*. Si a veces falla en la composición dramática, generalmente acierta en los finales, convincentes, robustos, acertadamente conducidos. Lautaro García (1895) comenzó muy bien con *El peuco* y *El rancho del estero* (ambas piezas estrenadas en 1920), pero después ha escrito más esporádicamente: *Sólo una vez en la vida* (1940) y *Ya nadie se llama Deidamia* (1958).

Carlos Cariola (1895 - 1960) y Rafael Frontaura (1896) coincidieron unos cuantos años en la composición dramática y escribieron en colaboración muchísimas piezas de di-

versos géneros. En 1914, por ejemplo, llevaron a escena *Los de casa*, *Quien mucho abarca*, *El primo Alegría*; en 1915, *Rodríguez*; en 1916, *Todo a cuarenta*, *Domingo de Ramos*, *Con una cola*; en 1917, *El hombre de lana*, *Mercadería averiada*. Pero un día separaron sus caminos, y mientras Frontaura se iba a seguir la carrera de actor, tanto en tierras argentinas como en Santiago y otras ciudades de Chile, Carriola seguía como autor dramático, con incansable entusiasmo. Algunos años fueron de actividad febril: en 1920, por ejemplo, estrenó *Pilar*, *La olimpiada*, *El fallo de Salomón* y *Se habla francés*. Otras piezas escritas con su solo nombre: *Hermanitos* (1918), *La dieta parlamentaria* (1924.) Uno de sus mejores éxitos fue, en plena juventud, *Entre gallos y medianoche* (1919), de escena campestre, con personajes ruidosos en el corte de los de *Don Lucas Gómez*. Andando el tiempo, renovó la atracción sobre el público con *Estos muchachos de cincuenta años...* (1945), que se representó muchas veces y fue muy comentada. Más allá de la creación dramática, el teatro chileno le debe activísima labor como dirigente, al través de la Sociedad de Autores Teatrales de Chile, que presidió en diversos períodos. A la misma institución logró, en fin, dotarla de una sala propia y de edificio, que la han enriquecido y consolidado.

Ester Irarrázaval (1900) ha ido al teatro con el seudónimo Gloria Moreno. Algunas de sus obras están destinadas a los menores, como *El angelito* y *La breva pelá*; en otras la escena presenta dramas psicológicos, como *Mar* (1936), *Nina*, *Aguas abajo* (1940 para ambas), *El instinto de la felicidad* (1943); finalmente, le ha interesado asimismo el drama histórico: *La última victoria* (1945), donde se llevan a la escena episodios de la vida de O'Higgins. Gustavo Campaña Gandarillas (1902-58), autor frívolo, es-

cribió multitud de pequeñas obras asainetadas desde la más extrema juventud. De 1921 es, desde luego, *La casa del tío*, y en los años siguientes produjo *¿Que viene el lobo!* (1922), *El consejo de guerra* (1924), *Superávit* (1931), *En casa del herrero* (1931), *Tarzán en el Matadero* (1938), *Memorias de un santiaguino* (1950), etc. Sus obras contienen chistes y retruécanos menores, se detienen poco en la presentación de los personajes y son eminentemente superficiales.

Otros dramaturgos de fechas más recientes que pueden mencionarse, aun a riesgo de extender demasiado estas páginas, son Carlos Vattier (1910-56), autor de *Al cielo se va de guantes* y *Hubo una vez un rey*; Manuel Arellano Marín (1911), dramaturgo pensador cual se ve en sus obras *El puerto de la soledad* y *Un hombre en el camino*; Camilo Pérez de Arce (1912), uno de los más fecundos escritores de las nuevas generaciones, cuya obra teatral se diversifica como puede verse en sus títulos: *El Cid* (1950), *Bajo el signo de la muerte* (1951), *Raza de bronce* (1954), *Comedia para asesinos* (1957), *Visitantes de la muerte* (1959). Menos fecundo, Santiago del Campo (1916) es, en cambio, el feliz adaptador de *Martín Rivas*, de Blest Gana, a la escena teatral y autor, además, de *Paisaje en destierro* (1937), *California* (1938), *Morir por Catalina*, etc. A Roberto Sarah (1918) se debe, entre otras piezas, una excelente, *Algún día* (1950). El teatro costumbrista cobra nuevos bríos con la intervención de Fernando Debesa, autor de la muy aplaudida *Mama Rosa* (1958), así como algunas piezas de Fernando Cuadra. No es, en cambio, costumbrista Sergio Vodanovic (1927), cuyo intenso drama *Deja que los perros ladren* fue uno de los grandes éxitos de 1959; ni lo es Luis Alberto Heiremans (1928), simbólico y refinado en *La ho-*

ra robada (1952) y *La jaula en el árbol* (1957) y frívolo en *¡Esta señorita Trini!* (1958).

La escena chilena vivió siempre horas difíciles hasta que fueron creados el Teatro Experimental primero y el Teatro de Ensayo en seguida, instituciones de educación dramática formadas por las Universidades de Chile y Católica, en discreta y prudente emulación. En estos últimos años, merced a la influencia de esos grupos escogidos de fomento teatral, se escribe más para la escena y se puede contar, de antemano, con dirección experta y actores diestros, cultos, de buen gusto. El panorama a que hemos puesto término, admite pues importantes divisiones según los diferentes niveles culturales del público que se han sucedido en la apreciación teatral.

En el artículo de costumbres descuellan algunos escritores, desde la primera mitad del siglo XIX, que es, por lo demás, la misma época en que ese género alcanza su culminación en las letras europeas.

El primero en la cronología y, acaso, en el mérito, es José Joaquín Vallejo (1811-58), que divulgó al pie de algunas de sus composiciones el seudónimo Jotabeche. La obra de Jotabeche es corta, y aún tuvo interrupciones, ya que el autor abandonó más de una vez la tarea literaria para dedicarse a las minas, a la política y al periodismo de combate político. En todo caso, sus artículos fueron recopilados en 1847, y desde entonces corren con fama entre las personas de buen gusto, ya que Jotabeche es todo un estilista, de apreciables dotes en el manejo de la ironía y de la sátira y en el pulimiento de la forma literaria. José Antonio Torres (1828-64), que brilló más en el periodismo, abre la serie de los autores de artículos de costumbres que no han sido nunca recopilados. Sus artículos quedan en *El Mercurio* (1848) y en *El Progreso* (1852), diarios de los cuales fue redactor. Tampoco recopiló sus producciones Román Fritis (1829-74), a pesar de que en su tiempo recibieron entusiasta acogida los artículos que con el seudónimo Feliciano de Ulloa publicaba en *El Constituyente* de Copiapó (1862).

Alberto Blest Gana (1830-1920), fecundísimo como autor de novelas, en la juventud fue también costumbrista, cual se

revela en las series publicadas en *El Museo*, *La Semana*, *La Voz de Chile* y, en fin, *El Independiente*. Estas series, sin embargo, jamás fueron recogidas en vida de su autor, si bien a título póstumo lo han sido dos veces (1947 y 1957). Algunas de las miniaturas diseñadas en estos breves cuadros, pasaron sin duda, después, a las novelas, donde ocupan situaciones discretas, como fondo para las actuaciones de los personajes principales. Pedro Ruiz Aldea (1830-70) es, como Jotabeche, provinciano, y algunos de los más importantes artículos que se le deben provienen del contrapunto que para él se establece entre la pequeña ciudad natal (Los Angeles) y la capital, a la cual llega ya adulto. Sus producciones, muy estimables sin duda, estuvieron sin recopilar hasta 1947.

Con Román Vial (1833-96) nace el primer émulo serio y considerable de Jotabeche. Con él, por lo demás, las costumbres no se confinan sólo al artículo breve, destinado al periódico, sino que pasan al teatro, ya que fue insigne dramaturgo. Recopiló en dos volúmenes, titulados *Costumbres chilenas* (1889 y 1892), casi todas sus producciones, entre las cuales cabe citar como las más afortunadas las que llevan los títulos de *La procesión de San Pedro*, *Un paseo a las carreras* y *Una noche de remolienda*. Vial vivió en Valparaíso, donde ocupó importantes cargos periodísticos en *El Mercurio*, de modo que los tipos por él observados son representativos del puerto y de sus faenas. También es importante émulo de Jotabeche, Daniel Barros Grez (1834-1904), uno de los más celebrados dramaturgos chilenos y autor de extensas novelas de corte folletinesco. Barros Grez albergó la intención de estudiar las costumbres en forma científica, pero la inclinación literaria venció en él y le llevó a pergeñar artículos chistosos, con buen diálogo y si-

tuaciones que revelan fiel observación. A la misma época pertenecen otros autores: Adolfo Valderrama (1834-1902), que entre otros géneros cultivó el cuadro de costumbres; Manuel Concha (1834-91), algunos de cuyos cuadros de costumbres se albergan en la tradición histórica, como se ve en *Tradiciones serenenses* (1883, con segunda edición antológica de 1953); Justo (1834-82) y Domingo Arteaga Alemparte (1835-80), que aparecen estrechamente unidos en la redacción de *La Semana* (1859-60), donde quedaron casi todos los rasgos costumbristas que se les deben; Vicente Reyes (1835-1918), también colaborador de *La Semana*, pero que se manifestó costumbrista sobre todo en la colaboración que allegó al diario *El Ferrocarril*; Julio Chaigneau (1848-1925) cultivó el género como una de las especialidades a que se inclinaba su tarea periodística; Arturo Givovich (1855-1905) adquirió nombradía por *El valdiviano*, premiado en el Certamen Varela de 1887, y a él añadió algunos rasgos más, recopilados en *Escenas y tipos* (1890).

Casi todos los escritores que se han citado emplean en su composición un estilo simple, inclusive algo rústico; el que insurge decididamente en este aspecto y destina importante atención al arte de escribir, es Daniel Riquelme (1857-1912), a quien deberá mencionarse, además, como cuentista. La mayor parte de la obra costumbrista de Riquelme ha quedado sin recopilar, en las columnas de los diarios *La Libertad Electoral* y *El Mercurio*, tanto de Valparaíso como de Santiago, en que escribió a su vuelta a Chile, después de haber actuado en la Guerra del Pacífico. Algunos de esos cuadros, sin embargo, descollantes en todo, *Mi corral* y *Mi calle*, fueron acogidos en *Cuentos de la Guerra* y

otras páginas (1931), volumen con que dentro de la Biblioteca de Escritores de Chile se tituló a Riquelme entre los clásicos de la literatura nacional. Pedro Nolasco Cruz (1857-1939), de amplísima cultura, llevó al artículo de costumbres, más de una vez, los problemas que suscita el estudio de las obras maestras, y con frecuencia se inclinó a la censura de los usos sociales, como en *Murmuraciones* (1882). Articulista menor, no recopilado, es Guillermo 2º Linares (1860-95), que con el seudónimo de Fray Casiano escribió en *La Libertad Electoral* (1886-9). Carlos Luis Hübner (1862-1911), periodista de larga actuación, reanudó su colaboración literaria en *El Diario Ilustrado* después de haber andado algunos años en la diplomacia. Sus artículos, siempre brevísimos, agrupados bajo el título de *Charlas*, llenaron dos volúmenes (1910), gracias a lo cual se puede estudiar la producción de este autor mucho mejor que la de otros de sus colegas. Egidio Poblete (1868-1940), fecundo periodista, escribió notables artículos de costumbres en *La Unión* de Valparaíso, bajo el seudónimo de Ronquillo. Algunos recogió en su libro *Humoradas* (1905), pero los demás, la inmensa mayoría, han quedado sumergidos en las columnas del diario.

Formado en provincias como algunos de sus antecesores, Manuel J. Ortiz (1870-1945), se dio a conocer por sus *Cartas de la aldea* (1908), acogidas en *El Mercurio* si bien provenían de un colaborador espontáneo. Después, trasladado a la capital, escribió no poco en *Las Últimas Noticias* (diario que también dirigió), bajo el seudónimo Bergerac. De esta segunda parte de su producción costumbrista, Ortiz recopiló *Caricaturas* (1916) y *Relatos y comentarios* (1935), donde también hay cuentos. El risueño Roberto Alarcón

Lobos (1872-1917) escribió multitud de artículos de costumbres dispersos en *La Comedia Humana*, de Valparaíso, y en *Zig-Zag*, de Santiago.

El gran periodista, cuentista y novelista Joaquín Díaz Garcés (1877-1921) prestó atención, asimismo, al cuadro de costumbres. Una primera parte de su labor puede verse en *Páginas chilenas* (1908), donde se muestra muy feliz psicólogo tanto en las escenas campestres (*No veraneo*) como en las urbanas (*Un bautizo*, *Los arrendatarios*, *Historia de un piano*). La segunda y final, se lee en *Páginas de Angel Pino* (1917), como referencia al seudónimo que empleó el autor en casi todas sus producciones satíricas. Así y todo, quedan por recoger vastas series de sus artículos de costumbres. Adolfo Ibáñez (1880-1949), por seudónimo Galvarino Guzmán, escribió artículos breves sobre usos y costumbres nacionales, para corregirlos. Juan Manuel Rodríguez (1884-1917) es maestro indisputable en el breve cuadro de costumbres, para el cual inventó un personaje, Usebio Olmos, a quien le ocurren todas las desgracias imaginables. Esta serie, comenzada en *Monos y Monadas* (1910), y proseguida hasta el fallecimiento del autor, aparece narrada en dialecto plebeyo, con todo el rigor correspondiente a la investigación folklórica. Jenaro Prieto (1889-1946) risueño cronista de política y de actualidades en *El Diario Ilustrado*, autorizó la publicación de *Pluma en ristre* (1925) y de *Con sordina* (1931), donde se recogen algunos rasgos costumbristas; otros aparecen, asimismo, en *Humo de pipa* (1955), libro de recopilación póstuma.

Podrían mencionarse, además, otros escritores de esta especialidad, de obra menos intensa y aun menos significati-

va; pero con lo dicho basta, ya que el género mismo, en obediencia a implacable evolución de los gustos de público, ya no se cultiva.

NOVELA

La novela tarda en aclimatarse. Los primeros frutos que ofrece no son suficientemente sabrosos ni característicos como para inscribirlos en una nómina breve, y habrán de exigir espacio en las monografías eruditas.

A la cabeza del panorama, cerrando casi todos sus horizontes, se inscribe el nombre de Alberto Blest Gana (1830-1920), que se preparó para ser ingeniero militar, inclusive con estudios y trabajos prácticos en Francia, pero que vuelto a Chile, a los veintidós años de edad, optó por ser novelista. Este inesperado cambio produjo los más singulares efectos: contrariamente a lo que podía preverse, fue novelista de verdad, y en sucesión pujante, que no admite descanso, escribe hasta 1863 una serie de novelas excelentes con el tema de la vida nacional, que el autor conoce a fondo. Títulos como *La aritmética en el amor* (1860), *Martín Rivas* (1862) y *El ideal de un calavera* (1863), son suficientes para graduar como eximio novelista a cualquier competidor. A esta altura de su vida literaria, Blest Gana hace alto. Pertenece al servicio administrativo de la República, y en él participa de las responsabilidades diplomáticas, que ejerce primero en Washington y en seguida en París y en Londres.

Antes de pasar adelante, es conveniente informar sobre *Martín Rivas*, la novela que más fama y lectores ha con-

quistado a su autor. Fue escrita, como se ha visto, a los treinta y dos años de edad, y en ella se atiende a pintar el encumbramiento social de un joven provinciano pobre en casa de un amigo de su padre, protector rico y benévolo, en cuyos salones obtuvo amistades que le iban a pasear por los más diversos rincones de la sociedad. Martín Rivas, el protagonista, es noble en sus recursos, comprensivo, equilibrado, lo que no le libra de enamorarse, a lo Julián Sorel, de la hija de su valedor; pero no la seduce sino que la gana, como hidalgo, a pecho descubierto, sufriendo de paso no pocos contrastes y adversidades con singular entereza. Cada chileno pobre se siente un Martín Rivas mientras no llega a la fortuna, y todos los desdeñados e incomprendidos quieren emularle mientras no se les enturbian los ensueños. De allí la enorme y siempre renaciente popularidad de esta novela, a la cual el voto público viene consagrando, hace ya cerca de un siglo, como la más genuinamente nacional de la literatura de Chile.

Blest Gana sobrevivió largamente a sus compañeros de generación, ya que fallecía en 1920, a los noventa años de edad, en París. En 1866 había emprendido viaje a los Estados Unidos en calidad de agente diplomático de Chile, y en seguida pasó a Inglaterra y a Francia. Aquí se quedó para siempre, literalmente hablando, ya que sus restos mortales reposan en un cementerio parisiense. Editó de nuevo, al través de las firmas de Bouret y de Garnier, sus libros de juventud, y en 1896 reanudó la marcha como novelista. Al salir de Chile, treinta años antes, se había llevado los originales de *Durante la Reconquista*, a los cuales dejó bajo llave mientras cumplía la obra diplomática que le encargaron los gobiernos de su patria. Sólo en 1896 tomó esos papeles en las manos, los releyó, escribió de nue-

vo ciertas partes que le parecieron débiles, y en 1897 lanzó *Durante la Reconquista*. En este libro se cuentan las peripecias que hubieron de pasar los patriotas de la primera hora de la independencia de Chile, a quienes sumergió en desconcierto y sombra la jornada de Rancagua (1814), libertados en seguida por la batalla de Chacabuco (1817). Pocas novelas históricas se han escrito en Chile, y no es aventurado proclamar que ésta es la mejor; y en la América de lengua española, en que se han escrito muchas más, también descuella por muchos títulos, y sobre todo por la extraordinaria profundidad del cuadro de ambiente y por la multitud de personas e incidentes curiosos, amenos, risueños y trágicos que se dan cita en el relato.

En 1904 publicó Blest Gana *Los trasplantados*, audaz vivisección de los rastacueros afincados en París, y cinco años más tarde lanzó el canto del cisne: *El loco Estero*, manojos de reminiscencias juveniles, con acción ubicada en Santiago de Chile y en 1839, cuando el novelista contaba nueve años de edad, vivía su padre y era compañero de sus juegos el hermano mayor Guillermo Blest Gana, afamado como poeta lírico.

Desde entonces, con Blest Gana, quedó trazada la tradición que hoy perdura. La novela chilena tiene por objeto propio la vida del pueblo chileno, acotado en grupos aptos para que la memoria del lector no se fatigue; el novelista cuenta escenas familiares o diseña cuadros de costumbres, a fin de encuadrar su obra en la perspectiva del tiempo; hace dialogar a sus personajes en lengua espontánea y sin alifio, y propende a que la risa y el llanto, el duelo y el regocijo queden patentizados en su obra en el grado necesario para que ésta alcance simpática repercusión en las personas llamadas a leerla. Lo que vendrá en

este desarrollo irá señalando, punto a punto, la maestría de Blest Gana y la justeza del título de "padre de la novela chilena" que alguna vez se le asignó.

Vicente Grez (1847-1909) publicó sólo cuatro novelas en cinco años, y el resto de su vida literaria lo dedicó a otros géneros, especialmente al periodismo. *Emilia Reynals*, *La dote de una joven*, *Marianita* y *El ideal de una esposa*, se dan a luz entre 1883 y 1887. Al autor no le interesa la novela histórica, como a Blest Gana, y prefiere la escena de sus propios días. Es más audaz que el modelo, y avanza dentro del hogar hasta las tragedias íntimas, de celos, pasiones contrariadas y adulterios, y se detiene sobre todo a pintar las torturas de la mujer constreñida por la vida doméstica a ser la víctima de los caprichos de cuantos la rodean. Las novelas de Grez, editadas varias veces, conservan su nombre en la pequeña galería literaria chilena.

Luis Orrego Luco (1866-1949), periodista como Grez y diplomático como Blest Gana, intervino en política y tomó armas, en 1891, en la famosa revolución que tenía por objeto combatir la dictadura de Balmaceda. En medio de esas ocupaciones se dio tiempo para escribir novelas. Publicó en sucesión rápida las primeras, *Un idilio nuevo*, *Memorias de un voluntario de la Patria Vieja*, hasta 1929 guardó silencio, que rompía dando a luz *El tronco herido*, y en 1947, es decir, dos años antes de morir, publicó la postrera, *Playa Negra*. Se da en él la paradoja de que no es buen escritor pero sí gran novelista. Había nacido en esfera social encumbrada; conocía a todos, y sus viajes, su cultura mundana, su curiosidad, su buena memoria, le ayudaron grandemente a repletar las páginas de sus novelas con detalles de la vida íntima del hogar santiaguino opulento y distinguido. Le interesan vivamente los cuadros

interiores de la vida de familia, y con sus novelas puede reconstituirse, más fielmente que con el auxilio de las de Grez, lo que fue la existencia social de Santiago de Chile entre 1880 y 1900. Su mejor éxito es *Casa grande* (1908), varias veces reeditada.

A su lado figuran Manuel J. Ortiz (1870-1945), con *Pueblo chico* (1904) y *El maestro* (1914); Mariana Cox Méndez (1871-1914), autora de *La vida íntima de Marie Goetz* (1909); Emilio Rodríguez Mendoza (1873), a quien se deben *Última esperanza* (1899), *Vida nueva* (1902), *Cuesta arriba* (1909) y *Santa Colonia* (1917); Benjamín Vicuña Subercaseaux (1876-1919), periodista y cuentista, autor además de novelas como *Zozobras* (1896), *Besos y ataúdes* y *Niños precoces* (1898). Algunos de los escritores de esta época se revelaron novelistas algo más tarde, como Joaquín Díaz Garcés (1877-1921), que no alcanzó a dejar entregada a la crítica su novela *La voz del torrente* (1921), y Miguel Luis Rocuant (1877-1948), alejado de las filas de los poetas para presentarse, ya maduro, como novelista en *El crepúsculo de las catedrales* (1936) y *Con los ojos de los muertos* (1940).

También aparece como novelista, en los primeros años del siglo, Augusto d'Halmar (1880-1950), autor de *Juana Lucero* (1902), destinada a contar la vida del lupanar en tono patético calcado sin duda de Daudet; y que en seguida a su nómina añadió *Gatita* (1917) y *Pasión y muerte del cura Deusto* (1924). Grandes cambios de estilo y de orientación psicológica se observan en estos títulos; pero con ellos, así como con relatos de viajes, poemas en prosa y cuentos, el autor logra diseñar una de las personalidades literarias más importantes de Chile. Su contemporáneo Juan Espinosa (1879-1946) brilla menos, si bien es au-

tor de toda una pequeña obra maestra, *Cecilia* (1907), destinada a contar la apacible existencia de una aldea menor.

Víctor Domingo Silva (1882 - 1960), aclamado ante todo como poeta, intentó asimismo la novela desde *Golondrina de invierno* (1912), una de las más populares relaciones novelescas de Chile, hasta *El mestizo Alejo* (1934) y *La criollita*, novelas de base histórica y con escenario en la Araucanía. La novela de gran mundo fue ensayada por Tomás Gatica Martínez (1883 - 1943), desde *La cachetona* (1913), que es todo un cuadro de época. Ismael Parraguez (1883 - 1917) alcanzó a publicar cuando su fin estaba próximo una excelente novela, *Esperanza* (1916), destinada a narrar la sacrificada existencia de una profesora de campo.

Eduardo Barrios (1884) es autor de sólo cuatro novelas, algunos cuentos, artículos periodísticos y obras teatrales que figuran en la primera fracción de su carrera literaria. Cuando ya tenía nombradía lograda con éstas, publicó en 1915 *El niño que enloqueció de amor*, tres años después *Un perdido*, y desde entonces quedó aceptado por todos como novelista de garbo apreciable. Le faltaban el espaldarazo de la crítica, que obtuvo en 1922 con *El hermano asno*, y la consagración amplia, unánime, popular, que ganó con *Gran señor y rajadiablos*, *best seller* desde 1948. A diferencia de otros de sus predecesores, escribe finamente, con selección de los términos, y merced a su acuciosidad para decir sólo lo justo, lo que no disuena, en sus novelas hay páginas de antología, pequeños poemas en prosa, artísticos atisbos de la vida del espíritu. Como novelista consciente y fino, descuella en la pintura de los adolescentes, y los cuadros campesinos de *Gran señor y rajadiablos* poseen vigor y nervio dignos del *Don Segundo Sombra* y de otras grandes novelas de la tierra americana. Cada una

de sus obras tiene centro propio y motivación independiente. En *Un perdido* pinta la vida de lupanar, la existencia poblana de Quillota y la oficina pública mediocre, con idéntica fuerza. *El hermano asno* es una cauta caricatura de la existencia de los mínimos franciscanos desequilibrados por la satisfacción de un ideal imposible. *Gran señor y rajadiablos*, en fin, es la biografía de un hacendado rico, pletórico de fuerzas, corajudo y audaz, a quien rinden sólo los años.

Rafael Maluenda (1885), director de *El Mercurio*, el único diario de Chile cuya voz traspasa las fronteras, ha tentado fuerzas en la creación teatral, es autor de muchas docenas de cuentos, de varias novelas cortas y de dos algo más extensas, *Armiño negro*, publicada en 1942, y *Vampiro de trapo* (1958). Con ellas perfecciona y completa el ciclo iniciado por novelas breves, como *La señorita Ana*, *La cantinera de las trenzas rubias* y *Venidos a menos*, y a los cuadros nativos agrega el resultado de viajes y de lecturas. La escena de *Armiño negro* es Lima, y sus personajes peruanos, y *Vampiro de trapo* ocurre en Buenos Aires.

Pedro Prado (1886 - 1952) fue principalmente poeta en prosa y, en la parte final de su vida, autor de unos cuantos libros de sonetos que le dieron entrada triunfal en la poesía chilena. Y a la novela llegó también con andares poéticos. *La reina de Rapa Nui*, publicada en 1914, es más una fábula fantástica que cuadro de vida observada por el autor. *Alsino* (1920) es una sucesión de símbolos sobre la existencia del hombre, desde que alborea en él el ansia de volar, hasta que, vencido por el tedio de vivir, se deja caer del espacio, el roce del aire lo incendia y la tierra no recibe otra cosa que sus cenizas. Para dar a estos símbolos la vestidura que mejor acomodaba a su creador, Alsino canta,

en prosa poética, sugerencias extrañas de duelo y de muerte, afirmaciones sobre la profundidad entrevista de los cielos, amores difuntos o en proyecto; y como todo en esa novela es simbólico, canta de preferencia cuando está más encumbrado en el vuelo y más distante se muestra a sus ojos la áspera corteza de la tierra nativa. Bello y audaz libro, sin duda el más audaz de la literatura chilena. Menos extraño, *Un juez rural*, tiene sabor autobiográfico, ya que el autor lleva hasta sus páginas experiencias de lo suyo, como pintor vagabundo, padre de familia y, en fin, juez de subdelegación a quien atenacea hasta la angustia el problema de hacer justicia entre los hombres que disputan, roban y asesinan. Desde entonces (1924) el autor no volvió más a la novela y dedicó sus fuerzas, como decíamos, al soneto para llevar a cabo, en la hora de la madurez, el ideal que se había trazado de joven para la obra poética.

Mariano Latorre (1886-1955) es más cuentista que novelista, y entre sus cuentos, algunos tan extensos como la *nouvelle* francesa, levanta su airosa fachada de novela *Zurzulita*, publicada en 1920. Su escena es el campo, que el autor describe con despliegue de dotes pictóricas, campo gris de las serranías de la costa, quebradas cordilleranas espesas de vegetación, con vuelos de cóndores en la altura límpida, campo en fin de rincones plácidos, caseríos informes, torrentes pedregosos, alfalfares y siembras de poco provecho. *Zurzulita* es, sin embargo, novela trágica, de amores contrariados, rica en personajes abocetados con firmeza. Quedó para publicación póstuma *La paquera* (1958), novela de ciudad que poco añade a la nombradía del autor.

Joaquín Edwards Bello (1887) deleita a los lectores de sus crónicas casi cotidianas, y como es capaz de escribir mucho y la crónica no le basta, se vierte a la novela con fuer-

za torrencial. Comenzó muy joven con *El inútil* y *El monstruo*, y ya en 1920 publicaba la primera novela formal, *El roto*, reeditada varias veces. Con ella abandonó su cuadro familiar, sus amigos de refinada educación, y se internó en los vericuetos del conventillo en busca de las cloróticas flores del lupanar, a lo Zola, a lo Blasco Ibáñez, que fueron algún día sus maestros. Después volvió más a lo suyo contando en libros algo autobiográficos la vida de *El chileno en Madrid* (1928) y la de los *Criollos en París* (1933). Entre tanto dedicó el poema de sus sentimentales evocaciones a la ciudad y puerto en que había nacido, *Valparaíso la ciudad del viento* (1931), e hizo la silueta caricatural de Santiago con *La chica del Crillón* (1935). Su obra maestra es sin duda, y como era presumible, la de Valparaíso. Allí aparecen sus maestros, sus padres, el bullicio del patio liceano, las rebeldías de los mozos a quienes queda corto el ambiente escolar antes de que los acojan los amoríos y aventuras de la juventud, y aparece, en fin, la dolorosa silueta de la vieja aya, que adivina hasta los menores tormentos de su patroncito y los consuela todos, a su manera, llorando con él inclusive cuando el dolor es grande. No se cuida, escribe a escape, lanza personajes a la escena, y cuando ya todos bullen y se agitan, corta la evocación como puede. Pero en el camino ha dejado mil insinuaciones turbadoras, deliciosas, con las cuales el cronista se hace novelista por puro amor al hombre en la desnudez de sus instintos.

Fernando Santiván (1886) ha escrito cuentos y novelas y es como memorialista el más brillante y audaz de cuantos han contado cosas personales en las letras chilenas. En *El crisol* (1913) hace novela con un caso de ascensión social parecido al de *Martín Rivas*, y en *La hechizada*

(1916) con un idilio rústico de trágico desenlace. Elvira Santa Cruz (1886-1960), con meritoria obra teatral, es autora de *Flor silvestre* (1916), novela rosa de ambiente rústico. René Hurtado Borne (1887-1960) escribió *La jornada de la dicha* (1912), novela de alcoba que proyectó cierta luz de escándalo sobre su nombre literario. Después siguió en el teatro hasta su fallecimiento. Edgardo Garrido Merino (1888) es autor de una sola novela, *El hombre en la montaña* (1933), con escena en tierras españolas, que conoce muy bien; novela, por lo demás, de gran estilo, con personajes rudos que habrían agradado a Dicenta, a Galdós, a Pereda.

Jenaro Prieto (1889-1946), periodista y pintor, escribió sólo dos novelas, *Un muerto de mal criterio* y *El Socio*, y con la última dio en el blanco. Se ha traducido y publicado en varios países, se ha hecho de ella una película en México y algunas de sus escenas han servido para inspirar la obra teatral de un dramaturgo español, Juan Ignacio Luca de Tena. En *El Socio* (1928) se describe un ente imaginario a quien el protagonista esgrime, cuando le conviene, para aplazar negocios o citas, tomar resoluciones y actuar en fin en la vida sin la plena libertad de discernimiento que le obligaría a afrontar ciertas responsabilidades. Y llega el día en que la creación ha medrado tanto que amenaza ahogar a su creador. La novela entonces se disuelve en episodios incoherentes, pero en el camino el lector se ha deleitado porque el autor era, a más de novelista, escritor de gran talento cómico, inagotable inventor de chistes de buena ley.

Waldo Urzúa (1891-1944) esperó la madurez para ensayar sus fuerzas en la novela. En su obra cuenta poco *Un hombre y un río* (1942), pero mucho más los dos relatos

de publicación póstuma *Don y doña* (1952) y *Esas niñas Ugarte...* (1954), donde con unos mismos personajes, en acciones sucesivas, se cuenta la historia de una familia que hace su fortuna en la agricultura y se va a la ciudad a gastarla. Hernán Díaz Arrieta (1891), popular como crítico literario, con seudónimo Alone, escribió de joven muchos cuentos y fragmentos de novela y un diario íntimo de tono novelesco, *La sombra inquieta* (1916). Vicente Huidobro (1893-1948), conocido como poeta por haber lanzado el Creacionismo, publicó varias novelas en poco tiempo, siendo las mejores *Papá* o el diario de *Alicia Mir*, con mucho de autobiográfico, y *Sátiro o el poder de las palabras*. Sady Zañartu (1893), enamorado de la vida vieja de Chile, publicó *Sor Rosario* (1916) y *La sombra del Corregidor* (1927), las dos de base histórica, y después *Llampo brujo* (1933), de ambiente minero. María Flora Yáñez es una de las más conspicuas novelistas chilenas desde la publicación de *Las cenizas* en 1942; y Luis Durand (1895-1954), cuentista de vasta producción, alcanzó a graduarse en las filas de la novela con *Mercedes Urizar* (1934) y *Frontera* (1949), esta última acogida triunfalmente y objeto de varias ediciones en pocos años. Dejó para póstuma una novela erótica y de alcoba, *Un amor* (1957), que inconclusa y todo se hace leer con no poca curiosidad. Carlos Sepúlveda Leyton (1895-1941) es autor de *Hijuna* (1934), *La fábrica* (1935) y *Camarada* (1938), relatos autobiográficos, eslabonados, en que se cuentan los primeros años de un normalista. La primera de estas tres fábulas es la mejor, por su patético humorismo y por el desenfado de la narración.

Una vasta porción de la novela chilena más reciente es populista, se inclina al estudio de los medios ínfimos, afron-

ta el compromiso de narrar existencias proletarias, en el corte de los relatos de Gorki y de Istrati, y reconoce su obra maestra en *La viuda del conventillo*, publicada en 1930 por Alberto Romero (1896). El mismo autor es también el novelista de *La mala estrella de Perucho González* (1935), observada en el medio pobrísimo de la plebe ciudadana. En la misma cuerda se halla González Vera con sus cuadros de *Vidas mínimas* (1923).

Manuel Rojas (1896) es entre los contemporáneos un novelista de grandes recursos expresivos, que se formó haciendo cuentos de la vida violenta, con personajes rudos, y que esperó la madurez para atreverse con la novela. Graduando con mucho tino sus fuerzas, comenzó con la *nouvelle Lanchas en la bahía* (1932), luego afrontó el relato de regiones míticas con *La ciudad de los Césares* (1936), hasta mostrarse novelista de gran estilo en *Hijo de Ladrón* (1951). Este libro es la revelación de un poderoso talento. La escena discurre tanto en Buenos Aires como en Valparaíso, Santiago y otros sitios de Chile, y algunos de los personajes son también internacionales por su manera de vivir: ladrones, contrabandistas, jornaleros de bahía, pintores de muros, pescadores, recogedores de basuras se codean en aquellas páginas. Cosa similar cabe decir de *Mejor que el vino* (1958), novela más o menos tan autobiográfica como la anterior, en la cual el autor, avanzando en el relato, diseña no pocas siluetas representativas de la bohemia literaria santiaguina de sus días.

En pos de él, por la edad, figuran muchos otros.

Entre ellos pueden citarse los que siguen. Joaquín Ortega Folch (1897) es novelista esencialmente urbano, amargo, pesimista sin duda, a quien se deben las novelas *Betsabé* (1923), *Una confesión* (1924), *Humano límite* (1942) e

Infierno gris (1950). En *El misterio de la estrangulada* (1955) el autor cambia para fraguar una novela de ambiente policial. Salvador Reyes (1899), con varias obras traducidas al francés y publicadas en París, figura entre los más fecundos y originales cuentistas chilenos; pero en la madurez ha dejado, aparentemente, el cuento por la novela. Títulos como *Ruta de sangre* (1935), *Piel nocturna* (1936), *Mónica Sanders* (1951), *Valparaíso, puerto de nostalgia* (1955), bastarían para definirle como novelista de la vida portuaria, de aventuras de piratas y de las faenas pesqueras de alta mar. Finalmente, se le debe otra novela, *Los amantes desunidos* (1959), con escena en Francia y en España, durante la segunda guerra mundial. La psicología del artista abúlico, indolente, sumergido mal de su grado en una intriga de contra espionaje, da contextura central a esta novela, bastante extensa.

Con Marta Brunet (1901) adquiere nuevo esplendor la explotación del paisaje nativo, desde *Montaña adentro* (1923) hasta *Bestia dañina* (1926) y *Bienvenido* (1929), tres relatos breves, de contorno novelesco, sobre la existencia campesina. La vida de la ciudad de provincia, sin temor a los alborotos de la mancebía, le inspiró después *Humo hacia el sur* (1946); pero en seguida la autora volvió a la novela corta, que con el cuento ha sido su especialidad, en *María Nadie* (1957), por el momento su obra final y una de las más perfiladas desde el punto de vista de la concepción y del estilo. Rubén Azócar (1901) estudia la existencia de una pequeña porción de chilenos insulares en *Gente en la isla* (1939), única novela del autor y una de las más intensas y mejor logradas de las escritas en la primera mitad del siglo xx. Lautaro Yankas (1902) es autor de *Flor Lumao* (1932), *La llama* (1939), con escena

en la frontera austral, y de *La ciudad dormida* (1943), cuyo teatro es la apacible villa de Quillota. Volviendo al tema rural, con personajes de origen indio, produjo *El vado de la noche* (1955), novela premiada en un certamen internacional de gran resonancia. En contraste, es ante todo urbana la obra novelesca de Benjamín Subercaseaux (1902), a quien debemos *Niño de lluvia* (1938), novela breve de corte autobiográfico, cuentos y ensayos y, en fin, *Jemmy Button* (1950), extensísima novela histórica en que Charles Darwin es uno de los personajes. Eugenio González (1902) lleva en su nómina *Más afuera* (1930), *Hombres* (1935), *Destinos* (1940) y *Noche* (1942). Su especialidad es la vida mediocre, de gentes ruines, con psicología confusa y angustiada por los celos y la desesperación. Daniel Belmar (1906) es el autor de *Coirón* (1952), excelente relato con escenario tanto en Chile como en la Argentina, y de *Sonata* (1955), simpática y patética novela de Concepción, la ciudad derruida por el terremoto de 1939.

Un cuentista de grande empuje, imaginativo, amigo de la aventura, Luis Enrique Délano (1907) abandonó el cultivo del cuento para afrontar la novela en *Puerto de fuego* (1956) y *La base* (1958). Luis González Zenteno (1910) se ha dedicado a diseñar con prolijidad encomiable la vida de la pampa salitrera en sus novelas *Caliche* (1954) y *Los pampinos* (1956). Oscar Castro (1910-47), de extensísima labor en el cuento y en la poesía, dejó para póstumas sus novelas, entre las cuales cabe señalar, ante todo, *Llampo de sangre* (1950), la mejor novela chilena de minas, violenta, trágica, admirablemente dotada de seres humanos vistos y sentidos por el hombre antes que inventados por el novelista, si bien éste los supo mostrar con buen estilo y en intencionadas posturas. También se le deben *La vida*

simplemente, con mucho de autobiográfico, y *Lina y su sombra*, menos felices que aquélla, pero dignas, en todo caso, de mención y de aplauso. Francisco A. Coloane (1910), principalmente autor de cuentos, ha hecho suya la porción marítima de la vida chilena en *El último grumete de la Baquedano* (1941), sin perjuicio de prestar atención a la caza de lobos y a otras faenas características del extremo austral del país, en *Tierra del Fuego* (1956). En contraste, no tienen aparentemente sitio geográfico de ubicación las novelas de María Luisa Bombal (1910), *La última niebla* (1935) y *La amortajada* (1938), por lo demás escritas e impresas fuera de Chile en sus primeras ediciones. A otra dama, Marta Elba Miranda (1911), se debe una excelente novela de la tierra seca del norte de Chile, *La heredad* (1954), que es un canto al trabajo agreste, sin omitir ninguna de sus rudezas.

La novela de ciudad con Santiago como centro ha sido cultivada por Luis Merino Reyes (1912), en *Regazo amargo* (1955) y *La última llama* (1959), como prolongación de los muchos cuentos que también ha escrito el autor. Enrique Araya (1912) es, ante todo, humorista en *La luna era mi tierra* (1948), con no poco de autobiográfico y varias veces editada. Enrique Bunster (1912), cuentista, dramaturgo, autor de pequeños relatos históricos novelados, ensayó la novela propiamente tal en *Un ángel para Chile* (1959), y su éxito fue tan grande que en un solo año se hicieron no menos de cuatro ediciones de su cómico relato. Más seria, menos fecunda, María Carolina Geel (1913) es autora de novelas cortas, *El mundo dormido de Yenía* (1946), *Extraño estío* (1947), etc. Camilo Pérez de Arce (1913) es prolífico autor de novelas de intriga policial, algunas publicadas en la República Argentina, y muy cele-

brado dramaturgo. Como novelista se le debe *Este poderoso reloj* (1954). El dirigente comunista Volodia Teitelboim (1913) no ha dejado de hacer propaganda a su doctrina en las dos novelas que llevan su nombre, *Hijo del salitre* (1952) y *La semilla en la arena* (1956). La primera es, sin duda, la mejor de la vida salitrera que se ha escrito hasta hoy en Chile, y su calidad ha sido subrayada con versiones a lenguas de los países satélites de la Unión Soviética.

Ha buscado de preferencia la entraña de lo popular el cuentista y novelista Nicomedes Guzmán (1914), autor de *Los hombres oscuros* (1939), *La sangre y la esperanza* (1943) y *La luz viene del mar* (1931). Es, en cambio, risueño Pierre Faval (seudónimo de Fabio Valdés Larraín) (1915), cuyas *Memorias de un buey* (1952) han tenido muchísimas ediciones en corto tiempo. La gran novela de la ciudad de Santiago, con escenas en dos planos sociales diferentes, se la debemos a Guillermo Atías (1917), que en *El tiempo banal* (1955) diseñó unos cuantos personajes de primer orden, llamados a permanecer en el recuerdo del lector.

Hay todavía escritores más nuevos, a quienes debemos dar una ojeada panorámica antes de poner término a este rápido esbozo.

Fernando Alegria (1918), que en los Estados Unidos vive ejerciendo la carrera de profesor universitario, es autor de *Camaleón* (1950), novela en que se condenan ciertos usos políticos de diversos países hispanoamericanos, y *Caballo de copas* (1958), relato destinado a pintar de mano maestra la nostalgia de los chilenos que viven en el país

del Norte. José Donoso (1924), con reducida pero sutil obra de cuentista, es autor de una novela, *Coronación* (1957), que le colocó de una vez entre los más prometedores novelistas de su promoción por el hondo análisis psicológico en que se basa el relato. Enrique Lafourcade (1927), mucho más fecundo, cuentista asimismo, es autor de novelas como *Pena de muerte* (1952), *Para subir al cielo* (1959) y *La fiesta del rey Acab* (1959). La primera es la novela de la inversión sexual, con algo de clave; en la segunda se mezclan la vida de alta sociedad, con gente rica y algo excéntrica, y la vida de nivel ínfimo en Valparaíso. *La fiesta del rey Acab*, finalmente, sintetiza, en ágil relato, las últimas horas del dictador de cualquier país americano a quien asesina un grupo de jóvenes fanáticos. José Manuel Vergara (1928) ha escogido fuera de Chile a los personajes de *Daniel y los leones dorados* (1956), curiosa e inquietante novela de alcoba, y dentro del país, aunque sin ubicación topográfica absorbente, a los de *Cuatro estaciones* (1958), donde entran en conflicto dos generaciones y se muestra a un joven colérico de psicología aviesa y antisocial.

La novela chilena es, en términos generales, ante todo urbana; pero en los últimos años ha venido dispersándose por escenarios distantes del centro político de la nación: las islas del extremo austral, los puertos y las caletas, la pampa en que se obtiene y se elabora el salitre, las minas de oro y de cobre, las faenas de la pesca de ballenas en alta mar, etc. Una abundancia verdaderamente notable de narradores caracteriza el panorama de los lustros más recientes. Nuevos talentos afloran, y se ensayan técnicas nove-

dosas para reflejar en lo escrito una percepción cada vez más honda y certera de la psicología de los personajes a quienes el autor ha elegido para su creación.

Dentro de los géneros narrativos de que estamos dando cuenta, ocupa sitio aparte el cuento, esto es, el breve relato de anécdotas, en que suelen referirse pequeñas aventuras, episodios, rasgos de costumbres, etc. Según aparece de las investigaciones realizadas hasta hoy, el primer escritor chileno que mostró interés por este tipo de relaciones, sería José Victorino Lastarria (1817-88), escritor de muchas especialidades diversas. Lastarria dirigió, como ya hemos recordado, un discurso que contenía un vasto programa literario, a los estudiantes del Instituto Nacional, reunidos poco antes en una Sociedad Literaria, y allí expuso como doctrina general la de que la literatura debía aplicarse a considerar las realidades inmediatas del país, desde el paisaje hasta las psicologías de los hombres. Fiel a este precepto, le dio aplicación en cuentos como *El mendigo* (1843), *Rosa*, *Mercedes*, etc., escritos a lo largo de varios años y recopilados, finalmente, en un volumen titulado *Antaño y Ogaño* (1885). Por los mismos días en que Lastarria intentaba el cuento, figuran otros escritores menores dentro de la misma especialidad; pero el espacio impide citarlos a todos, para reducirse a los que en años siguientes han aportado piezas de mérito al escrutinio del cuento chileno.

Adolfo Valderrama (1834-1902) siguió la carrera de medicina, y en la literatura afrontó géneros tan diversos como la poesía y el artículo de costumbres. Autor de una novela desarrollada en cartas, *María* (1878), también lo es

de cuentos recogidos en dos volúmenes de miscelánea, *Al amor de la lumbre* (1881) y *Después de la tarea* (1882). Daniel Riquelme (1857-1912), periodista y funcionario administrativo, participó en la Guerra del Pacífico en calidad de asistente de las ambulancias del servicio sanitario del ejército. De este contacto con la guerra obtuvo sabrosas y muy detenidas correspondencias para el diario santiaguino *El Herald*, que le había confiado esa labor, y después, cuando la guerra hubo terminado, los *Chascarillos militares* (1885). Estos cuentos, generalmente muy breves, no son los únicos que se deben al autor, pero son tal vez los más representativos del espíritu del pueblo chileno, al través de sus diferentes clases sociales, en la grave prueba bélica. De estilo sencillo y a menudo nostálgico y melancólico, Riquelme es sin duda uno de los mejores escritores chilenos de su tiempo. Pedro Nolasco Cruz (1857-1939), señalado como crítico literario de buida inteligencia, cultivó también el cuento, a lo largo de varios años, cual puede verse en la recopilación titulada *Cuentos* (1930).

En el panorama del cuento chileno la mayor nombradía se ha concedido hasta hoy a Baldomero Lillo (1867-1923), acaso por la multiplicidad de sus aptitudes. Escribió cuentos de caza, cuentos de la vida de la clase media urbana, cuentos simbólicos y alegóricos y, en fin, cuentos mineros, estos últimos reunidos en su primer libro, *Sub terra* (1904). Los cuentos mineros son los más leídos de él, por el intenso dramatismo de los episodios, al través de los cuales puede seguirse, con insistente profundidad, la vida de las minas de carbón, en un ambiente gris, turbio, desolado a veces y también, desde luego, sacudido por la tragedia. Si la forma literaria hubiera sido más feliz y concertada, en Lillo cabría celebrar a un grande artista de la prosa; desgracia-

damente no es así, cual puede verse no sólo en el libro ya mencionado sino en los que siguieron, *Sub sole* (1907), *Relatos populares* (1942) y *El hallazgo* (1956), estos dos, como se ve, póstumos y formados con relatos que el autor dejó olvidados en diarios y revistas. No todo es trágico en los cuentos de Lillo, y algunos de ellos son humorísticos, si bien el humor en él es, con frecuencia, desencantado. Todos sus relatos, en fin, sobresalen por la buena construcción, el interés creciente y la sorpresa del desenlace, por lo común imprevisible. Contemporáneo de Lillo, Pedro Balmaceda Toro (1868-89) se aleja grandemente de él por el énfasis que en sus composiciones aplica al estilo, elaborado con esmero y que trata de elevar al nivel de la poesía. La brevedad de su vida impidió a Balmaceda producir cuanto habría sido deseable. Con vida hartamente más extensa, Federico Gana (1868-1929) no produjo mucho tampoco, ya que de la tarea literaria lo distrajo la bohemia. Muchos cuentos escribió, y en *Días de campo* (1916) recogió algunos, los principales, inspirados todos, como revela el título, en la existencia rural. No cabe duda que el autor conocía muy a fondo el panorama de sus relatos, los cuales vienen a ser, dentro de la especialidad campestre, los más perfectos que se han logrado en Chile. Egidio Poblete (1868-1940), prodigado en una labor periodística abundantísima, escribió para *La Unión*, diario de Valparaíso, una vasta serie de *Cuentos del Domingo* de que se conocen varias series. Aborda con frecuencia el humorismo, pero los temas de los cuentos son sumamente variados: vida de estudiantes, aflicciones de los recién casados, encuentros fortuitos, etc. En todo este caudal sobresale la descripción de las costumbres, que fue sin duda una de las principales propensiones del escritor. También perteneció a las filas de la

prensa Roberto Alarcón Lobos (1872-1917), que recogió en *Gente alegre* (1912) unos cuantos de sus excelentes relatos novelescos, de breves dimensiones y por lo común muy bien concertados. En otra parte de su producción, no recogida, figuran los cuentos narrados en jerga vulgar, de que hay series dispersas en *Zig-Zag*, *Corre Vuela* y otros periódicos.

Gran cuentista del misterio, del enigma y de los enredos policíacos fue Alberto Edwards (1873-1932), que desempeñó importantes cargos administrativos y políticos. Debido a ello, sus cuentos aparecieron suscritos con seudónimos en *Pacífico Magazine*, revista que fundó y dirigió en compañía de Joaquín Díaz Garcés, y no han sido recogidos sino después de su fallecimiento. De él se conocen *Aventuras de Ramón Calvo* (1953), cuentos policiales en que actúa un émulo chileno de Sherlock Holmes, y *Cuentos fantásticos* (1957), antología esta última formada por Manuel Rojas. La narración en Edwards revela agudísima imaginación y una fantasía canalizada hacia la ciencia y la historia, sin esmero de estilo.

El ya mentado colaborador de Edwards en la aventura de *Pacífico Magazine*, Joaquín Díaz Garcés (1877-1921), como periodista tuvo larga carrera en *El Chileno* y en *El Mercurio* de Santiago, cuya dirección ejerció, y empleó las columnas de la prensa diaria para dar a conocer al público sus producciones. Entre ellas figuran los cuentos, al lado del editorial político, el estudio de costumbres, la relación de viajes, etc. La variedad de los recursos de Díaz Garcés en el cuento no ha sido superada por ningún otro escritor chileno, ya que al lado de un excelente cuadro de costumbres urbanas como *Los dos patios*, figuran cuentos de bandidos, relatos de la colonia, episodios de la Guerra del Pa-

cífico, etc. La vena propia de Joaquín Díaz Garcés, que empleó generalmente el seudónimo Angel Pino en su colaboración periodística, fue la de la risa, obtenida por medio de chascarros, comparaciones chuscas y observaciones llenas de gracejo; pero el ser escritor chistoso no le impidió jamás representar en sus cuentos, con interesante entonación, otros aspectos de la vida. Su recopilación de *Páginas chilenas* (1908) contiene algunos de sus cuentos; los demás han quedado dispersos en los diarios y en la revista *Pacífico Magazine*.

Manuel Magallanes Moure (1878-1924), de gran nombradía como poeta sentimental y erótico, también escribió cuentos, recopilados en el volumen que se titula *Qué es amor* (1915). La vena campesina resalta en los cuentos de Guillermo Labarca Huberston (1878-1954), que comenzó su tarea en forma muy prometedora con *Al amor de la tierra* (1908), libro compuesto de cuentos muy breves, y con *Mirando al océano* (1911), título de una novela corta. Después el autor se olvidó de su buen comienzo y no añadió nuevos títulos a los que se contienen en esos dos libros.

Augusto d'Halmar (1880-1950), nacido con el nombre de Augusto Goeminne Thomson, vivió algunos años fuera de Chile y durante ellos publicó multitud de relatos de viajes, novelas (*Pasión y muerte del cura Deusto*), novelas cortas, poemas en prosa, etc. Los cuentos propiamente tales que se le deben aparecen en *La lámpara en el molino* (1914); es autor asimismo de muchos otros, escritos desde la juventud, dispersos en los diarios y revistas en que inició su colaboración: *Los Lunes de la Tarde*, *Zig-Zag*, etc. Algunos de sus cuentos son alegóricos, como *A rodar tierras*, juzgado su obra maestra por varios críticos literarios, pero

otros revelan observación de la vida, entrañable curiosidad por los destinos vulgares, simpatía humana, solidaridad en la desgracia, etc. La vaguedad del estilo, la forma acompañada como por una música en sordina, las alusiones a hechos cabalísticos o de comprensión esotérica, son notas características en la obra de Augusto d'Halmar, gran trabajador en la literatura y uno de los campeones que ha tenido en Chile el amor a la letra impresa.

Mariano Latorre (1886-1955) se impuso, desde joven, la tarea de conocer bien el país natal, a fin de darle forma escrita en sus cuentos y novelas cortas. Fuera de mucha colaboración suelta en revistas literarias (donde hay escenas dramáticas, pequeños ensayos, poemas en prosa, etc.), Latorre comenzó su recopilación con *Cuentos del Maule* (1912) y la terminó con *La isla de los pájaros* (1955) libro publicado en sus últimos días. Entre ambas fechas corren sus relatos campesinos, de bandidos, de viajes, de pesca, minas de oro, de la caza de zorros y de pumas, etc. Si bien más de una vez intentó la novela, como ya se ha visto, al cuento volvió siempre con fuerzas renovadas. Cuando joven, seguía los usos entonces habituales, y su relato era breve, conciso, con desenlace perceptible, sin más personajes que los justos para una buena exposición; pero después, entrando en años, abandonó esa forma rectilínea y abarcó, de preferencia, el relato profuso, lleno de incidentes, con personajes anexos, que no intervienen en el desarrollo de los sucesos y a veces se limitan a comentarlos. En muchos sitios, el relato, además, se carga de notas autobiográficas, como en *El caracol* (1952), que en este aspecto podría ser un fragmento de sus memorias y es, en todo caso, una obra maestra. Artista consciente, empeñoso, de estilo muy disparate, sobresalió en la descripción de la

naturaleza rural, como lo deja ver su novela *Zurzulita* (1920), y rara vez afrontó el compromiso de tratar la vida de la ciudad. Su nombre ha de quedar como cuentista, y es sin duda importantísimo en la evolución de las letras nacionales. Uno de sus émulos directos, Luis Durand (1895-1954), se dispersó en la novela, la biografía, el ensayo, las memorias íntimas, pero también dejó buena fama como cuentista. Su especialidad fue el cuento campesino, con relatos folklóricos insertos, amplia y a veces prolija exhibición de la jerga rural, y escenas típicas, tratadas con evidente complacencia. Sus principales títulos son *Tierra de pellines* (1929), *Campesinos* (1932), *Cielos del Sur* (1933), *Mi amigo Pidén* (1939), *Casa de la infancia* (1944).

Una ojeada, siquiera ligerísima, a los cuentistas contemporáneos nos permitirá ensanchar las líneas del panorama que se ha podido seguir en las páginas anteriores. El cuento chileno conserva apreciable vitalidad, y los autores de relatos se presentan al público seguros de antemano de que van a contar con una masa fiel de lectores, la cual sin duda va en aumento.

El relato modernista fue cultivado en los primeros años de su vida literaria por Emilio Rodríguez Mendoza (1873), que con prólogo de Rubén Darío publicaba *Gotas de absintio* (1895). A pesar de tan auspicioso padrino, el autor pasó en las letras a otras actividades. Olegario Lazo Baeza (1878), retirado del ejército en plena juventud por un accidente de equitación, aprovechó su experiencia en las filas para dedicarse a los *Cuentos militares* (1921), acogidos con entusiasmo; alentado por el aplauso, ha seguido con otras series de la misma índole, con lo cual su acervo es considerable. Así y todo sus cuentos valen más por la calidad: ahincada observación, lengua clara, dinamismo que

facilita la lectura. Un novelista, Eduardo Barrios (1884), dedicó también algunos de sus esfuerzos al cuento, como puede verse en *Páginas de un pobre diablo* (1923), libro donde se lee *La antipatía*, su obra maestra en el relato breve. Natanael Yáñez Silva (1884), más conocido como dramaturgo, ha escrito —según confesión personal— varios centenares de cuentos, dispersos en diarios y revistas, y de ellos recopiló sólo dieciocho en *El Blanco de la muerte* (1927).

Los cuentos de la vida rural fueron, durante algunos años, los predilectos en las letras chilenas. Rafael Maluenda (1885), que así comenzó su labor, nació a la vida literaria con *Escenas de la vida campesina* (1909), con las que afirmó en el acto su maestría. En años siguientes agregó otros títulos a su nómina, *Los ciegos* (1913), *La pachacina* (1915), audaz comentario satírico de la vida social de provincia bajo disfraz avícola, como en el *Chanteclair* de Rostand; *Venidos a menos* (1916), con aguda vivisección de la vida vergonzante de la clase media desarticulada por la miseria, y *Colmena urbana* (1937). También se inspiró en la existencia rural Ernesto Montenegro (1885) para sus *Cuentos de mi tío Ventura* (1933), si bien estos relatos contienen motivos folklóricos y legendarios, admirablemente incorporados a la prosa culta. Carlos Acuña (1886), por lo demás, mostró en sus obras que el tema rural poseía jugo bastante para animar graciosas escenas, y optó por el cuento breve, sentimental, juguetero y poético, en libros como *A flor de tierra* (1913) y *Capachito* (1921); y coronó esta etapa de su obra, en que hay asimismo verso, con *Mingaco* (1926), libro de cuentos inspirados también por las labores de la gleba. Fernando Santiván (1886) comenzó sus pasos en las letras con un libro de cuentos, *Palpitaciones de vida* (1909), dedicó en seguida sus fuerzas a la novela

y al periodismo, pero volvió al cuento con *Charca en la selva* (1935). Excelente cuentista, Edgardo Garrido Merino (1888) ha congregado en *El barco inmóvil* (1928) una porción muy reducida de su vastísima labor, dispersa en periódicos de España y de la República Argentina. Guillermo Koenenkampf (1891) ha reunido cuentos en volúmenes como *El juicio del mar* (1933) y *Geografía santa* (1936).

La sensibilidad literaria del período a que nos vamos acercando presenta una primera cima con la obra de Manuel Rojas (1896), cuyas colecciones *Hombres del Sur* (1926), *El delincuente* (1929) y *Travesía* (1934) le diputaron maestro en los relatos de vida violenta. Los bandidos que figuran en algunos de esos cuentos, son auténticos, y los relatos que animan poseen una subyugante vitalidad. Guillermo Bianchi (1897), más conocido como dramaturgo, comenzó publicando cuentos en *El cura sentimental* (1918), libro al cual añadió *Apuntes provincianos* (1929) y *Amor* (1933). Juan Marín (1897) ha escrito muchos cuentos, pero son pocos los que recogió en *Alas sobre el mar* (1934) y *Viento negro* (1944). Salvador Reyes (1899) también hizo labor de juventud en el cuento imaginativo, fraguado sobre existencias aventureras, y recogió sus frutos en *El último pirata* (1925) y *Lo que el tiempo deja* (1932), para seguir después a la novela, donde ha conquistado títulos de excepción. Armando Arriaza (1901) es autor de un solo libro de cuentos, *Esclavos* (1925). Marcela Paz, seudónimo literario de Ester Huneeus (1904), es vibrante humorista en *Tiempo, papel y lápiz* (1933) y en *Soy colorina* (1935), así como ha seguido cultivando la vena del buen humor en las series de su Papelucho (1947 y años siguientes), pequeñas novelas de la vida infantil con episodios narrados a modo de cuentos. Gonzalo Drago (1906),

en cambio, es amargo y hasta desolado, por momentos, en *Cobre* (1941), libro que cuenta a su modo la existencia de las labores mineras. Luis Enrique Délano (1907) solía fugarse de los pesares de la vida corriente en su obra juvenil de cuentista, atesorada en *La niña de la prisión* (1928) y *Viaje de sueño* (1935), repletos de seres aventureros y de tránsito, en ambiente marítimo y portuario. Carmen de Alonso, seudónimo de Margarita Carrasco (1909), es una de las más señaladas cuentistas de la vida rural, en libros como *Provena* (1938), pero ha escrito asimismo encantadores cuentos para la niñez, reunidos en varios libros. Maite Allamand (1911) se muestra inspirada sobre todo en el ambiente campestre, que conoce desde la infancia, a juzgar por sus recopilaciones de cuentos tituladas *Cosas de campo* (1935), *Parvas viejas* (1936) y *El funeral del diablo* (1960).

Enrique Bunster (1911) se escapa totalmente del ámbito rural que tanto se frecuentaba en su juventud y opta por la vida urbana en sus cuentos, recopilados en *La primera noche galante* (1933). Después viaja y se enamora de las islas oceánicas, donde le seducen la luz, el perfume, los instintos desatados, cual puede verse en *Aroma de Polinesia* (1959), libro de excepcional riqueza artística en todo sentido. Luis Merino Reyes (1912), poeta y novelista, es asimismo cuentista como puede verse en sus colecciones de *Los egoístas* (1941), *Muro de cal* (1946), *El chiquillo blanco* (1948) y *Murcila* (1954), donde se leen relatos observados en la vida urbana. Nicomedes Guzmán (1914), laborioso escritor, ha recopilado sus cuentos en *Donde nace el alba* (1944), *La carne iluminada* (1945), *Una moneda al río* (1954) y *El pan bajo la bota* (1960), libros en que se leen relatos de vida proletaria, patéticos, llamados a pro-

ducir viscerales emociones en el lector. Enrique Campos Menéndez (1914) lleva al cuento sus remembranzas de la vida patagónica, como puede verse en *Kupen* (1945), que contiene varios relatos de carácter fronterizo, con tipos magallánicos y fueguinos.

En grupos más recientes suelen hallarse vibrantes notas de novedad en el tratamiento del relato breve, sometido a nuevas técnicas de observación y de exposición. Los nombres de Herbert Müller (1923) y José Donoso (1925) son decisivos en estos grupos juveniles, donde *Veraneo* (1955) y *El charleston* (1960) de este último, han trazado un importante surco. Otro tanto cabe decir de la obra de Guillermo Blanco Martínez (1926), cifrada en títulos como *Sólo un hombre y el mar* (1957) y *Misa de réquiem* (1959), unánimemente aplaudidos de la crítica. Claudio Giaconi (1927), menos plácido en todo que sus compañeros de promoción, es el autor de *La difícil juventud* (1955) y de *El sueño de Amadeo* (1959), títulos ambos en que es posible celebrar un vigoroso talento de cuentista. Cosa semejante cabe decir de Luis Alberto Heiremans (1928), a quien ha interesado mucho la escena teatral, pero no tanto como para alejarle totalmente del cuento. *Seres de un día* (1960) contiene excelentes relatos de la vida parisiense vista al través de la sensibilidad de varios personajes chilenos.

Varias veces ha querido proclamarse en Chile que las técnicas propias del cuento no eran ya capaces de satisfacer la curiosidad del público, y que en consecuencia el cuento chileno, como entidad representativa de la vida espiritual del país, estaba difunto o próximo a perecer. Pero varias veces el difunto ha renacido; y las generaciones contemporáneas, a que nos referíamos en estas últimas líneas, parecen probar con superabundancia la riqueza po-

tencial que se esconde bajo algunos nombres simultáneamente aplicados al cuento como vestidura propia para el mensaje que desean hacer llegar a sus lectores.



- ALEGRÍA, FERNANDO: *La poesía chilena, orígenes y desarrollo del siglo XVI al XIX*. Fondo de Cultura Económica, México. 1954.
- ALONE: *Historia personal de la literatura chilena* (desde don Alonso de Ercilla hasta Pablo Neruda). Santiago. Empresa Editora Zig-Zag. 1954.
- AMUNÁTEGUI SOLAR, DOMINGO: *Bosquejo histórico de la Literatura Chilena*. (Publicado en la Revista Chilena de Historia y Geografía). Santiago de Chile. 1920.
- ANRIQUE R., NICOLÁS: *Ensayo de una bibliografía dramática chilena*. Santiago de Chile. 1899.
- CRUZ, PEDRO NOLASCO: *Estudios sobre la literatura chilena*. Tres volúmenes. Santiago. 1926-1940.
- DONOSO, ARMANDO: *Los nuevos*. (La joven literatura chilena). Valencia, 1911.
- DONOSO ARMANDO: *Nuestros poetas*. Antología chilena moderna. Editorial Nascimento. Santiago de Chile. 1924.
- DURÁN CERDA, JULIO: *Panorama del teatro chileno, 1842-1959*. Estudio crítico y antología. Editorial Del Pacífico, S. A. Santiago. 1959.
- MELFI, DOMINGO: *Estudios de literatura chilena*. Santiago. Nascimento. 1938.
- MOLINA NÚÑEZ, JULIO y JUAN AGUSTÍN ARAYA: *Selva lírica*. Estudios sobre los poetas chilenos. Santiago de Chile. 1971.
- POLANCO CASANOVA, RODOLFO: *Ojeada crítica sobre la poesía en Chile (1840-1912)*. Santiago. 1913.

SILVA CASTRO, RAÚL: *Antología general de la Poesía Chilena*. Empresa Editora Zig-Zag, S. A. Santiago, 1959.

SILVA CASTRO, RAÚL: *Historia crítica de la novela chilena (1843-1956)*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1960.

SILVA CASTRO, RAÚL: *Prensa y periodismo en Chile*

(1812-1956). Ediciones de la Universidad de Chile. 1958.

SOLAR CORREA, EDUARDO: *Semblanzas literarias de la Colonia*. Editorial Nascimento. Santiago, 1933.

TORRES-RIOSECO, ARTURO: *La gran literatura iberoamericana*. Emecé Editores, S. A. Buenos Aires, 1945.